



COVERS



FLAPS

**Ruediger Dahlke**

NUEVOS

**CAMINOS**

PARA

**SANAR**

El poder curativo  
de las enfermedades  
autoagresivas

Un libro fundamental  
en la medicina holística

ROBIN  
BOOK

**A través de los nuevos caminos de curación incluidos en este libro, será consciente del origen de los agentes agresivos que corrompen su salud y la manera de contrarrestarlos para fortalecerse de manera efectiva y natural.**

El ejemplo de nuestro sistema inmunológico muestra que no es posible la vida sin la agresión. El cuerpo debe hacer la guerra, defenderse enérgicamente, si quiere mantenerse sano. Ruediger Dahlke explica, a partir de los tres grandes campos de las enfermedades infecciosas, las alergias y las enfermedades autoagresivas, cómo deben entenderse los modos de acción del principio de la agresión. Interpreta los cuadros clínicos «clásicos» de la agresión: las infecciones bacterianas, fúngicas o víricas, como nuevas etapas o fases en el desarrollo de las enfermedades autoagresivas, del mismo modo que también lo serían los problemas de tipo autoinmune o los estados dolorosos crónicos y los síntomas de agresión reprimida o mal dirigida, como, por ejemplo, la hiperactividad en los niños.

La agresión constituye, sin duda, un tema en constante actualidad, que forma parte de la esencia del ser humano y que desempeña una importante función dentro de la naturaleza, en general.

Un libro que, además de resultarle sumamente interesante al lector, también le desvelará un nuevo camino para alcanzar la curación individual a través de un proceso de autoexploración. Una obra que dará mucho que pensar y que debatir...

# **Nuevos caminos para sanar**

**This One**



**FW2B-SLW-UBRL**

Material protegido por derechos de autor



**Ruediger Dahlke**

**Nuevos caminos  
para sanar**

Traducción de José Tola



Si usted desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, sólo tiene que remitirnos su nombre y dirección, indicando qué temas le interesan, y gustosamente complaceremos su petición.

Ediciones Robinbook  
información bibliográfica  
Industria, 11 (Pol. Ind. Buvisa)  
08329 Teià (Barcelona)  
e-mail: [info@robinbook.com](mailto:info@robinbook.com)



[www.robinbook.com](http://www.robinbook.com)

Título original: *Aggression als chance*

© C. Bertelsmann, München within Verlagsgruppe Random House GmbH

© Ediciones Robinbook, s. l., Barcelona

Diseño cubierta: Regina Richling

Fotografía de cubierta: iStockphoto

ISBN: 978-84-7927-966-0

Depósito legal: B-26.917-2008

Impreso por Limpergraf, Mogoda 29-31 (Can Salvatella), 08210 Barberà del Vallès

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España - *Printed in Spain*

## **Agradecimientos**

Agradezco a mis padres haber soportado mi «hiperactividad». Mi madre, sobre todo, apoyó mis muchos intereses y les dio una válvula de salida. Le agradezco que tolerara mi falta de atención hacia todo aquello que no me interesara y que me liberara de la escuela, casi con la misma frecuencia que yo quería.

A mi abuelo le agradezco los libros que dejó, en particular uno de yoga y otro sobre meditación. Ambos me ayudaron a aliviar esa impulsividad que también a mí me ponía nervioso.

Agradezco a mi mujer Margit su colaboración y la revisión del manuscrito, sus muchas sugerencias y las críticas y correcciones realizadas.

Las correcciones las debo agradecer también a nuestros colaboradores en el Heil-Kunde-Zentrum de Johanniskirchen, Christa Maleri, Freda Jeske, Gundi Kirkovic, Anja Schönfuss, Josef Hien y Gerald Miesera, así como al profesor y doctor en medicina Volker Zahn. Por su revisión del capítulo dedicado a los dientes y las sugerencias hechas, expreso mi agradecimiento a los odontólogos Marianne Braun y Michael Wirthgen. La excelente lectura se la agradezco a Christine Stecher, sin embargo, sobre todo, manifiesto mi agradecimiento a nuestros pacientes del Heil-Kunde-Zentrum, cuya colaboración y propias interpretaciones, sus ideas y valiente elección de las palabras me dieron a menudo el ánimo para abordar incluso las descripciones y denominaciones más duras con la esperanza de poder ayudar a otros que sigan este camino.





guerras y conflictos como sucede con las batallas de la absorción en la economía o los innumerables procesos judiciales. Incluso dentro de muchas familias domina la agresión en forma de disputas y pequeñas batallas diarias, hasta los actos de violencia de hecho. Por último, en el cuerpo de todos los seres humanos, el sistema inmunitario está en permanente batalla contra un ejército de innumerables agentes patógenos.

Visto así, apenas hay otro tema que tenga mayor importancia para nosotros, sin embargo, con casi ningún otro lo tenemos tan difícil. Realmente no queremos saber nada de la agresión, no queremos tener nada que ver con ella y deseamos poder desprendernos de su influencia, sin embargo, de esta manera no tenemos ni la más mínima oportunidad de asumirla ni de resolverla. Es tan odiada por una gran mayoría que todo aquel que intenta hacerle frente, ya sólo por eso, es objeto de sospecha.

Cuando el premio Nobel austriaco Konrad Lorenz señaló, desde el punto de vista de los biólogos, que la agresión es parte de la naturaleza y que allí desempeña una función importante, se le atribuyeron pensamientos fascistoides. Sin embargo, el hecho de que el fascismo haya provocado más crueldades que ningún otro sistema no justifica en absoluto la conclusión inversa, de que todas las crueldades sean fascistas. Mucho menos se volverá fascista quien se ocupe del origen de la crueldad y haya descubierto el principio de la agresión, incluso aunque se dé cuenta del enorme papel que desempeña este principio en la convivencia de los seres humanos y de los animales. Al contrario, todo intento de entender el principio de la agresión y de explicarlo permite reconocer en sus inicios las tendencias fascistas y tener una mejor visión global de todas ellas.

En todo caso, este ejemplo demuestra lo grande que es el temor ante la agresión y lo rápido que aquellos que se ocupan de ella son combatidos, junto con todo el principio. A pesar de este riesgo, sigue siendo importante ocuparse de la agresión, precisamente para evitar una escalada incontrolada de la agresión destructiva.

Un problema muy importante en el trato con la agresión es nuestra resistencia, desproporcionadamente grande. Con ello no nos damos cuenta de que este principio, lo mismo que todos los restantes, tiene dos caras. Junto a la de la destrucción existe también la del ánimo y la energía vital. Este libro se dedica a ambas y con ello puede facilitar el acceso a sus aspectos de estimulación de la vida. También quedarán claras las oportunidades que existen en los cuadros clínicos correspondientes, como por ejemplo el reuma o las cefaleas.



## **Parte 1**

# ***Cómo entender el principio de la agresión***



## Los puntos de vista científico y social

¿De dónde viene la agresión y, en especial, su lado negativo, la violencia? es una cuestión que ha ocupado a los científicos de todos los tiempos. Después de que en los últimos tiempos hayamos conocido de una manera terrible facetas totalmente nuevas del terror, vuelven a surgir las sospechas de si las modernas posibilidades de la técnica no tendrán algo que ver con este aumento de la agresión. ¿No será que los videojuegos y las aventuras en el ciberespacio o el cada vez mayor poder de los medios de masas estarán contribuyendo a esa disposición a la violencia? Herbert Marcuse, el ideólogo de la revuelta estudiantil de 1968 seguramente opinaría de este modo. Creía que la violencia era el mensaje secreto de los medios de masas. En sus modelos de resolución de los conflictos incluso se anima al empleo preventivo de la violencia. Los héroes de estos medios recurrirían con mayor frecuencia, con mayor celeridad y con más éxito a los medios brutales.

El que el ser humano puede ser brutal, es algo que nadie pone en tela de juicio. ¿Sin embargo, se ha ido volviendo cada vez más brutal en el curso de su historia, como parece a la vista de las estadísticas? ¿Es más un *Homo brutalis* que un *Homo sapiens*? Parece como si esta repetición del atributo de «sabio» (*sapiens*) fuera más un conjuro que una descripción. Ciertamente es que hemos de partir del hecho de que en el medio siglo transcurrido entre 1920 y 1970, en cuyo periodo se han triplicado las esperanzas de vida, la separación temporal entre dos muertes se ha reducido a un tercio. ¿Sin embargo, no hubo en la Edad

Media más violencia incontrolada? Podría culparse del aumento de la violencia a la explosión demográfica y a la consiguiente masificación de la humanidad. Al fin y al cabo, las ratas de laboratorio también reaccionan de manera mucho más agresiva cuando se reduce su territorio.

También se echa la culpa a factores hereditarios, en el sentido de un comportamiento agresivo congénito, sin embargo, con igual vehemencia se considera la agresión como algo aprendido. Hacia este sentido apuntan los que quieren poner en evidencia a la sociedad como fuente de la agresión. E igualmente las hormonas y las estructuras del sistema nervioso central aparecen como desencadenantes del comportamiento agresivo. Estos pocos apuntes y argumentos seleccionados tienen seguramente algo de razón, sin embargo, no pueden explicar la totalidad del problema. Aunque es algo que no cabe esperar si tenemos en cuenta qué y cuántos niveles de explicación son los que nos interesan. Hay una cantidad tal de especialidades y vías de investigación que se sienten llamados a buscar una solución al problema, que no nos sorprendemos si el número de libros con autoridad y modelos explicativos asciende a varios miles.

Junto a los genetistas, los biólogos, y de manera muy especial los etólogos como Konrad Lorenz, ofrecen también sus interpretaciones.<sup>1</sup> Por supuesto, igualmente los médicos, y entre ellos en particular los psiquiatras, aportan sus argumentos, uniéndose a sus voces las de psicólogos, antropólogos y sociólogos. Los teólogos y los filósofos, los expertos en comunicación y los historiados se ocupan asimismo del gran tema de la agresión. Apenas hay nadie que no tenga algo que decir al respecto, sin embargo, puesto que cada disciplina trabaja para sí misma e incluso en las universidades hace ya mucho tiempo que se ha instaurado la *Versidad*, la diversidad, como punto central de sus esfuerzos, y se ha perdido la *Uni*, la unidad, el resultado es que no hay ningún concepto convincente que pudiera englobar todos los fenómenos relacionados con la agresión. La ausencia del antiguo ideal de Humboldt, que partía de una «uni-versidad» en su sentido literal, es algo que percibimos hoy dolorosamente.

A continuación vamos a hacer un pequeño esquema de las teorías más importantes para poder incorporar después aquello que aportan a la imagen global, basándonos en la comprensión de los principios generales.

## **¿Es el ser humano un depredador?**

Los investigadores dedicados unilateralmente a la biología intentan demostrar que el ser humano procede de depredadores carnívoros, pudiendo enseñar to-

davía sus caninos, por lo que sigue siendo violento y agresivo, sin embargo, a diferencia del animal, a causa de la falta de unos instintos inhibidores de la agresión se habría convertido en una especie de bestia descontrolada. Por eso, la violencia sería una esencia heredada que constantemente sale detrás de la fachada de la cultura y los esfuerzos civilizadores. Niko Tinbergen, el padre de la etología comparada, dijo del ser humano que era un «asesino fuera de quicio». El desarrollo del cerebro ha hecho de él lo que es hoy: su propio mayor enemigo. El hecho de que el hombre sea el único ser que debido al gran desarrollo de su inteligencia esté en condiciones, tanto como individuo como en su calidad colectiva, de cometer un suicidio, podría servirnos de prueba.

Este modo de contemplarlo es bastante pesimista porque hace parecer a la naturaleza de la violencia humana como algo inalterable. De ese mismo entorno surgen las voces que predicán el derecho del más fuerte y que encuentran su manifestación más extrema en el darwinismo social. Según esta teoría, la ley de la selva es la única que impera y la agresión es tan vieja como el propio hombre; incluso si esto último es cierto, entonces lo primero, por eso mismo, no debería serlo. Se pone de relieve que la agresión humana sólo puede apaciguarse a corto plazo y con tanta mayor probabilidad explotará cuando más se haya impedido con anterioridad.

El derecho a su territorio lo defiende cualquier ser humano de manera natural como hace el perro, se dice. Lo mismo que para cualquier otra idea, también para esta se han encontrado argumentos que proceden de la observación de los animales: es suficiente con contemplar a las personas en un tren con departamentos y ver cómo el que ocupa uno intenta defenderse de la entrada de nuevos viajeros. Sin embargo, no resulta difícil hacer tambalearse a esta teoría con todos sus argumentos, o incluso refutarla. Lo que se considera territorio es algo que incluso en los animales está definido de manera muy aleatoria. Cuando Baguira, el perro de mi madre, que durante muchos años había considerado el jardín de la casa como su territorio, se trasladó con ella a una pequeña vivienda en Munich, consideró entonces que el Englischer Garten, el gran parque de varias hectáreas de superficie, era su propio territorio y actuaba dispuesto a defenderlo. Puede que el deseo territorial sea congénito, sin embargo, con toda seguridad depende de las circunstancias. Esto se ve con mayor claridad todavía a nivel humano si tenemos en cuenta el modo en que los ingleses y franceses defendieron sus colonias de ultramar, los alemanes su «espacio vital» en el Este, los soviéticos su imperio en Hungría y Checoslovaquia, o también más tarde en Afganistán, o como lo hace hoy EE. UU. en todo el mundo, al que considera su esfera de intereses.

Cuando los investigadores que esgrimían algunos argumentos biológicos creyeron haber identificado el llamado gen de la agresión en el segundo cromosoma Y de algunos delincuentes violentos, algunos políticos vieron ya la posibilidad de reconocer y poder aislar desde el nacimiento a todos los criminales. Mientras tanto se han realizado investigaciones<sup>2</sup> en las que se ha refutado de manera definitiva la supuesta relación entre un segundo cromosoma Y y la violencia criminal.

Por otro lado no se discute que, por ejemplo, el dolor desencadena agresiones tanto en los animales como en el ser humano. Su intensidad determina también el grado de la agresión. El principio de Marte, al que nos dedicaremos de manera extensa, se pone de manifiesto a muchos niveles distintos. Incluso el Föhn, un viento cálido del sur que sopla en los Alpes, está en condiciones de desencadenar agresiones destructivas. Igualmente son conocidos los efectos a este respecto del alcohol y de las drogas, como las anfetaminas.

El conocido biólogo Desmond Morris va igualmente en esta dirección cuando supone que en la decadente sociedad moderna, tan ralentizada, la necesidad de violencia, biológicamente anclada, crece de manera automática y encuentra de algún modo la forma de expresarse.

Apuntes de este tipo los encontramos también en las más diversas teorías de la sociedad. El padre del socialismo, Karl Marx, glorificó la violencia al verla como arma de la nueva sociedad y como una etapa inevitable de la evolución en el camino hacia la gran meta. Muchos revolucionarios pensaron lo mismo, aunque pocos vivieron de manera tan chocante con sus contradicciones como los anarquistas, que buscaban la total libertad del dominio porque éste es siempre inhumano, sin embargo, con la misma radicalidad con la que la rechazaban también la aplicaban. Bakunin, uno de sus representantes más conocidos, consideraba que el placer de la destrucción era una tendencia positiva. No resulta entonces casual que los anarquistas no pudieran construir nada, pero, que destruyeran muchas cosas.

## **Los instintos y el llamado mal**

Los seguidores de la teoría de los instintos han identificado hasta siete tipos distintos de agresión, que habría que asignar a las correspondientes áreas del sistema límbico del cerebro. Además de la ya mencionada agresión territorial, habría que distinguir la de rivalidad, la de presa, la de estimulación, la de miedo, la instrumental y la maternal.



Para Konrad Lorenz,<sup>3</sup> el representante más conocido de la teoría de la agresión innata, ésta es un instinto. La agresión destructiva, es decir, la violencia, sería un mal funcionamiento de este instinto. Lorenz habla de la agresión como el llamado mal, sin embargo, que también tiene muchos lados buenos, como por ejemplo la defensa de las propias crías y la creación de una jerarquía. Para Lorenz, incluso el amor y todas las relaciones personales surgen de la ritualización del comportamiento de ataque o amenaza.

De este modo apunta ya hacia una solución importante. Orienta sus esperanzas en que pueda lograrse descargar los conflictos humanos mediante una creciente ritualización, hasta tal punto que se solucionen de un modo positivo. Las competiciones olímpicas, la competencia pacífica de la ciencia o de la técnica, como en el caso de la carrera espacial, sin embargo, también el humor y el juego, podrían crear unas válvulas ritualizadas para nuestras agresiones instintivas.

## **El ser humano como milagro del aprendizaje y función de su entorno**

Otro apunte parte de la hipótesis de que todo el comportamiento es aprendido y prácticamente cualquier modelo de reacción humana es fruto de experiencias anteriores y de la «doma». Las dos causas desencadenantes de la agresión son, por consiguiente, la frustración y la amenaza de un peligro. Se llega a la violencia, desde esta perspectiva de la teoría del aprendizaje, cuando, en primer lugar, no queda ninguna otra salida y, en segundo lugar, si la utilización de esa violencia ya tuvo éxito con anterioridad.

Este modelo hace del ser humano un objeto de manipulación ilimitada. El individuo se convierte en una marioneta del entorno en que se encuentre y, con ello, éste adquiere toda la importancia y responsabilidad. Incluso si la influencia del medio resulta insuficiente como explicación única, queda toda una serie de pruebas del modo como se puede acuñar al ser humano.

El psicoanalista e investigador de la agresión Friedrich Hacker cita en este contexto un experimento de J. B. Callhoun<sup>4</sup> que ya se ha hecho famoso. Éste pudo demostrar que la densidad de población en las ratas influye de un modo decisivo sobre el comportamiento agresivo. En el centro superpoblado de un vedado las ratas se portan realmente mal. Se lesionan, violan y matan, mientras que en áreas marginales poco pobladas reina la ley y el orden, en el sentido de unas jerarquías en perfecto funcionamiento. De manera similar sucede con

la criminalidad humana al comparar la densidad de las grandes ciudades con las áreas agrícolas poco pobladas.

Resulta interesante que la peligrosa vida en la jungla del centro del vedado ejerce una gran fuerza de atracción sobre las ratas «pacíficas» de las tranquilas áreas marginales. Se supone que en los seres humanos hay una tendencia similar. La fascinación de las grandes metrópolis es tan grande que atrae en rebaño a las personas que habitan en las tranquilas áreas campestres, incluso ante la perspectiva de la probabilidad de caer en un lupanar.

Los experimentos llevados a cabo con monos demuestran, además, que no sólo la superpoblación sino también diferentes formas de desorganización social conducen a la agresión destructiva. Junto a ello, pudo demostrarse que el miedo, las provocaciones, la amenaza del lugar ocupado en la jerarquía, la interrupción en el desarrollo de una acción, las esperanzas fallidas y otras frustraciones desencadenan las agresiones.

El «o bien o» entre la biología por un lado y el entorno social por otro para explicar las causas de su origen, deben dar paso también a un «tanto como» si queremos entender la agresión.

### ***El factor de la educación***

Según Friedrich Jhacker,<sup>5</sup> la educación a la agresión sigue unas vías distintas a las que generalmente suponemos. Por regla general, se educa a los niños con métodos agresivos sólo para que no sean agresivos, sin embargo, la educación violenta para la no violencia habitúa al método educativo y no enseña el fin perseguido, sino que hace aumentar más la violencia en lugar de impedirla. Se consigue lo contrario de lo que se pretendía. Los niños a los que se pega para que dejen de pegar, se convierten a menudo en peleonos que golpean a los demás. Es evidente que no puede eliminarse a golpes la tendencia de un niño a pegar a otros. Lo que se quiere eliminar a *moratones* deja detrás de sí, además de los cardenales en el cuerpo y en el alma, sobre todo el mensaje de que golpear es la posibilidad de reacción preferente. El medio educativo se convierte así en algo más importante que el verdadero objetivo.

El niño quiere ser sobre todo como sus padres y si éstos recurren a la violencia, aunque sea de manera excepcional una sola vez, provoca una fuerte impresión y estimula, como ninguna otra cosa, a la imitación. Estas excepciones a la prohibición de la violencia constituyen un enorme problema. Todos los niños, antes o después, se enfrentan a la violencia. Como muy tarde, algunos jó-

venes experimentan durante su servicio militar que incluso se les obliga a hacer la excepción de esa abstinencia de la violencia. Según Friedrich Hacker, todo indica que estas excepciones de la prohibición general se transforman en reglas. De este modo, la limitación general de la violencia se convierte en una indicación a la violencia siguiendo el lema de que «la excepción confirma la regla»: No hay que matar, salvo que el estado lo pida, o bien no hay que pegar a nadie menos que al papá se le vaya la mano. Sin embargo, la violencia justificada, como por ejemplo los actos de aplicación de la violencia legitimados mediante leyes estatales, conducen a una copia, tanto de la justificación como también de la violencia.

Sin embargo, por otro lado, a tenor de las experiencias de Hacker, la educación desprovista totalmente de agresión es impensable. Por consiguiente decir que la agresión es mala y dejarla totalmente fuera del juego, sería algo alejado de la realidad y condenado al fracaso. Evitar también por completo las frustraciones es una ilusión. El paraíso de la infancia debe perder poco a poco su magia al irse dando uno cuenta que todos los derechos posteriores deberán ganarse mediante unas obligaciones previas, y que la vida significa en última instancia lucha.

### ***Palizas, maltratos y sus consecuencias***

En una gran ciudad como es Nueva York, de los 2.500 casos registrados en el año 1970 de maltratos a niños, el veinte por ciento acabaron en muerte. Las tres cuartas partes de los maltratados tenían menos de cuatro años; un cuarto de los niños experimentaron esos abusos durante su primer año de vida; en el diez por ciento de los casos el martirio comenzó ya en la primera semana de su existencia.

El perfil sociológico del maltratador de niños resulta igualmente sorprendente. Entre ellos hay una cantidad superior a la media de personas con formación universitaria. En el diez por ciento los ingresos eran superiores a la media. A menos de un uno por ciento se les podía clasificar de psicóticos y sólo al 1,5 por ciento de sádicos. Los padres tendían con más frecuencia a maltratar a los hijos, aunque por lo general lo hacía bajo las órdenes de su mujer. Aunque las madres maltrataban menos que los padres, lo hacían de manera más extremada. Aproximadamente el noventa por ciento de las personas maltratadoras justificaban los actos de violencia porque el niño no dejaba de chillar y llorar. Después de haber comenzado a utilizar la violencia, que iba desde

apretarles el cuello, pasando por palizas, hasta escaldarles y quemarles, por lo general no paraban hasta que el niño no enmudecía.

Un estudio realizado en los Ángeles reveló, también de manera verdaderamente sorprendente, que los niños a los que se había golpeado o quemado, se trataba con mucha frecuencia de hijos deseados y preferidos frente a los otros de la familia. Por lo general eran a los que antes más se había querido, pero habían defraudado a los padres y de este modo se convirtieron en la diana de su agresión, lo cual habla claramente a favor de la teoría de la frustración en el origen de la violencia.

Menos sorprendente es que los padres que golpean lo fueron igualmente en su infancia. Procedían de familias pequeñas que vivían encerradas en sí mismas. Los amigos y compañeros, otros intereses además del trabajo y la televisión apenas desempeñaban un papel para estas personas. Desconfiaban de todos los extraños y consideraban el orden y la limpieza las máximas virtudes de su bien cuidado hogar.

Los grupos que tienden muy poco al maltrato de los niños son, según Hacker<sup>6</sup>, los trabajadores agrícolas temporales, los hippies y las madres adolescentes, que viven en grupos más amplios. Tienen la ventaja de contar con ayudantes en el cuidado y la educación de los hijos y la proximidad del grupo parece impedir las agresiones.

Los maltratadores de niños procuran sobre todo dar una buena impresión hacia el exterior, de resaltar su independencia y autosuficiencia, y tienden al aislamiento. Apenas tienen alternativas a la violencia porque están impregnados de ella desde su infancia y se amparan, o pueden ampararse, en el pretexto de la tradición. Resulta poco sorprendente la acumulación de los maltratos durante las Navidades porque entonces la presión sobre la «sagrada familia» resulta especialmente intensa.

Es llamativo el hecho de que los niños maltratados dependan mucho de sus padres violentos y no es raro que les escriban cartas conmovedoras desde la prisión. La mayoría aceptan los «castigos» por parte de los padres y los interpretan como prueba de amor que, erróneamente, sobrepasan el marco habitual. Se sienten como «niños malos» e incluso tienen mala conciencia debido a sus propias «fechorías» y por las molestias que eso les causa a sus padres. Los sentimientos de culpabilidad que les han inculcado éstos se utilizan para su descarga.

Estos hechos estimulan todavía más la escasa comprensión de los padres. Por regla general se consideran víctimas y huyen en racionalizaciones del tipo de «donde se cepilla saltan virutas». En ningún caso se sienten inseguros o

perplejos, dubitativos o indefensos. Al contrario, creen firmemente poder distinguir entre el bien y el mal, y se ven del lado correcto, es decir, del bueno. Lamentan únicamente la forma extrema de sus medidas y el hecho de que se les haya descubierto, sin embargo, no la «educación» a golpes en sí. Los maltratadores de niños no suele dudar de su derecho moral de hacerlo, lo mismo que les ha sucedido a ellos.

Mediante el mecanismo psicológico de la identificación con el atacante, con los propios padres, se favorece aún más esta tendencia. Además, los padres constituyen naturalmente la máxima autoridad para los niños, de la que, con una breve interrupción en la adolescencia, apenas se dudará. Hacker cree que los maltratadores de niños son siempre personas fundamentalmente perturbadas porque les parece insoportable la situación de desorden existente en su hogar. Padecen graves trastornos de personalidad o hacen que sus hijos los sufran.

Lo intensa que es la fijación en la autoridad y la consiguiente dependencia de ella lo demuestra el experimento, realizado en 1961, por Stanley Milgran sobre el tema de la obediencia. Si a las personas sometidas a la prueba se les anima, mostrándoles como ejemplo una autoridad científica, a torturar a otras personas con descargas eléctricas, se nos presenta la terrible obediencia humana a la autoridad.

En el experimento de Milgram, un director de la prueba designó como «profesores» a las personas realmente sometidas al ensayo, para que entrenaran mediante el castigo a otra persona de prueba, pero que en realidad era un actor entrenado para ello. Cada vez que el presunto «alumno» respondía erróneamente, el «profesor» debía aplicarle una descarga eléctrica, variando las posibilidades entre 15 y 450 voltios. Para que el «profesor» pudiera tener una idea de ello, se le aplicó una descarga eléctrica verdadera de 45 voltios. Después debía entrenar a su «alumno». Éste comenzó de inmediato con el juego, puesto que no recibía descargas reales. Al principio protestaba ligeramente, después con más fuerza. A partir de los «75 voltios» comenzó a gemir y con «180 voltios» pedía clemencia. Las descargas de más de «300 voltios» hicieron callar todos sus gritos de duda. Si alguno de los «profesores» quería dejarlo, el director de la prueba le reprendía con toda su autoridad para que siguiera; no tenía otra elección. De las personas sometidas a este ensayo, en realidad hasta el 65 por ciento siguió las indicaciones de un científico hasta entonces desconocido, llegando hasta las dosis altas de «450 voltios», aunque era evidente que sufrían con los desgarradores gritos que salían de la cinta grabada. Algunas miraban hacia otro lado, aunque no por eso dejaron de torturar al «alumno».

Los terribles resultados dependían, evidentemente, menos del carácter de las personas estudiadas que del entorno. Si las pruebas se realizaban en un edificio de oficinas, sólo la mitad de los «profesores» estuvieron dispuestos a llegar hasta el final, mientras que si eran las aulas de la universidad de Yale, las dos terceras partes de los «alumnos» siguieron los requerimientos de seguir castigando al «alumno» mediante descargas eléctricas.

Las pruebas se realizaron también en otros países. Científicos de Alemania supusieron que después de las crueldades de Auschwitz podría contarse como máximo con una participación del 30 por ciento que mostraran una obediencia ciega y llegaran hasta el final, sin embargo, el resultado fue estremecedor: el 85 por ciento de las personas sometidas al ensayo mostraron estar dispuestos a todo, como súbditos obedientes, y llegaron hasta el final. La televisión bávara publicó el monstruoso resultado y emitió algunas escenas de los ensayos. La consternación quedó limitada porque, en conjunto, se prefirió evitar el tema.

En las conversaciones posteriores mantenidas con las personas sometidas a la prueba que habían desempeñado el papel de profesores, casi en todas las ocasiones salió a relucir lo ya conocido: se suponía que los científicos, las autoridades, ya sabían lo que hacían, ellos mismos apenas habían sentido que tuvieran responsabilidad propia.

Stanley Milgram dedujo de su experimento que en nuestra cultura hay muy pocos modelos de insubordinación que valga la pena seguir. Lo que no dijo es casi evidente: que hay demasiados modelos de obediencia y, con ello, de adaptación. Puede que resulte prematuro en este punto, sin embargo, señalemos al respecto que la avalancha que hoy se observa de enfermedades cancerosas debe atribuirse precisamente a esta adaptación obediente.

Si se siguen los motivos profundos que hay detrás de los maltratos, los psicoanalistas como Hacker llegan a la hipótesis de que junto al amor hacia los hijos obligado por la sociedad, hay también el impulso opuesto, que a veces llega hasta consecuencias mortales. Es posible que de una manera inconsciente estos padres envidien en sus hijos la vida que les queda por delante, que ellos creen haber perdido. Estos esfuerzos inconscientes pueden ser incluso los responsables de guerras si políticos envejecidos deciden enviar a la juventud de su país a uno de los campos de batalla de este planeta. El nombre de infantería vendría de *infant* (niño en inglés). Con ello los hijos de la nación se convierten literalmente en carne de cañón. En cualquier caso para los soldados de infantería, el escalón más bajo de la graduación, lo más importante es la obediencia, mientras que el pensamiento independiente se les elimina ya en su formación básica. Ahí vemos ya bastantes paralelismos con algunas formas de «educación».

Cuanto antes y con más violencia se someta a los niños a esa tortura tanto más dependientes serán de ella, de forma más completa se romperá la voluntad infantil, se violará su alma y más dispuestos estarán los torturados a interpretar su sufrimiento como una forma de dedicación, algo de lo que no quieren estar privados y que, por consiguiente, con tanta mayor seguridad aplicarán después a otros. Los doblegados querrán doblegar más tarde a otros, independientemente de que sean niños o soldados, o soldados-niños. De este modo todos se convierten en víctimas: los torturados, pero también los que infligen el daño, que anteriormente fueron maltratados y que no han aprendido otra cosa. Transmiten de una forma dura lo que se les inculcó a golpes y que se ha afianzado en su alma de un modo reflejo.

Esto explica y confirma también la experiencia de que la violencia es tan contagiosa como una enfermedad infecciosa. Es probable que su notable virulencia se deba a su aparente justificación, por lo que con una gran rapidez se vuelve epidémica.

Este sistema, que se refuerza a sí mismo porque ni el causante ni las víctimas protestan contra él sino que los incorporan de forma voluntaria, hace que todas las intervenciones estatales resulten altamente problemáticas, puesto que a menudo para los niños todo resulta todavía peor al principio. La terapia para las familias de este tipo es tan difícil como la equivalente para los estados totalitarios, que martirizan y torturan a sus ciudadanos y que, en apariencia, lo hacen por su bien. A este respecto lo tienen fácil puesto que todos los que hay alrededor prefieren mirar hacia otra parte en lugar de acercarse a la desgracia. El mecanismo de defensa psíquico de la represión aparece aquí en toda su plenitud. Naturalmente, los vecinos oyen los llantos y gritos desesperados de los niños, y a menudo también el ruido de los golpes, seguido de un silencio, sin embargo, por lo general no quieren creerlo, porque *no puede ser verdad lo que no debe ser verdad* y porque *no hay ni que pensar en una cosa así ya que nadie puede hacer una cosa de este tipo a un niño indefenso*. De este modo, según Hacker, la grotesca dimensión de la crueldad se convierte en su protección más eficaz.<sup>7</sup>

Los mecanismos represivos sirven para otras muchas situaciones que son similares en principio. Las cámaras de tortura clericales de la Inquisición, los sádicos de los campos de concentración, los criminales de guerra de los Balcanes, los pederastas de todos los lugares: *¿Existen realmente o son exageraciones, crueldades inventadas y cuentos de terror para asustar?* Es algo que se pregunta el buen ciudadano, pero que en realidad no busca una respuesta, sino su propia tranquilidad.

También tiene, además, la posibilidad de huir hacia el polo opuesto. Puede que existan esas crueldades, opina entonces, pero se trata de casos aislados, cometidos por enfermos, sádicos y locos. Las personas normales no pueden hacer una cosa así, ni siquiera pensarlo. Dado que él mismo es normal, fuera de toda duda, no tiene nada que ver con ello y por lo tanto puede seguir haciendo que no ve ni oye, a menudo durante años, lo que sucede en la vivienda del vecino o en todo el país, como durante la época de los nazis, y al final: *¡Qué suerte que hoy ya no puede pasar nada así!* Este falso argumento pone punto final a cualquier discusión, ya desde el principio.

Contra la represión y el veneno que ésta destila sólo hay un remedio: la concienciación radical y sin contemplaciones y la explicación de la propia problemática de la agresión. Los argumentos de represión señalados se pueden rebatir con facilidad. La desaparición de millones de judíos, la aparición de tantos campos de concentración, los constantes moratones en las extremidades del hijo de los vecinos o los cardenales de la mujer del vecino no resultan fáciles de pasar por alto. Por otra parte, no es tan fácil eliminar de nuestra mesa los millones de alergias y enfermedades infecciosas, y se convierten en nuestra mejor oportunidad para arrojar luz sobre nuestros rasgos agresivos.

## **La institucionalización de la violencia**

Incluso aunque existieran realmente indicios suficientes de que a los niños se les doma más que educarles, sobre todo en la primera infancia, hasta en las familias en las que nunca se les pega, e incluso si más tarde, por ejemplo en el área de las relaciones de pareja, muchos de los modelos de conducta se puedan fijar mediante la doma, se trata de un apunte teórico que resulta siempre demasiado unilateral y limitado como para poder explicar la agresión.

Según Sigmund Freud, el padre de todas las psicoterapias y del psicoanálisis en especial, la agresión es un instinto. Un instinto a su vez es un impulso innato del organismo para restaurar el estado original. Freud parte de que los instintos constituyen la conexión entre el cuerpo y el alma. La agresión la añadió al instinto de la muerte, que tenía una importancia totalmente decisiva para él porque lo inorgánico habría estado antes de lo orgánico y, por lo tanto, la muerte antes de la vida. Sin duda, toda vida orgánica tiende a la muerte, sin embargo, incluso sus colegas no pudieron seguir la estricta visión del instinto de la muerte de Freud. Para Alfred Adler, por ejemplo, el instinto de agresión es un impulso independiente, dirigido hacia el poder y el prestigio, que se diri-



ge hacia el exterior para compensar una inferioridad interior.<sup>8</sup> El psicoanalista Friedrich Hacker ve la agresión «como esa disposición y energía internas de los seres humanos que originalmente se expresaba en actividad y que después lo hizo en las más diversas formas individuales y colectivas, aprendidas y transmitidas socialmente, desde la autoafirmación hasta la crueldad»<sup>9</sup>. Llega así a una definición que deja espacio a otros puntos de partida.

La violencia no es idéntica a la agresión, según lo valora Hacker, sino simplemente una forma de expresión desnuda de la misma, por lo general física. Afirma que: «Toda violencia es agresión, sin embargo, no cualquier agresión es violencia. Hay que diferenciar básicamente entre agresión y violencia... —y continúa diciendo—, todas las formas de agresión pueden conducir a la postre a la violencia y se ven amenazadas por el riesgo de primitivización y de regresión a la violencia. El grado y la intensidad del reconocimiento reducen el peligro.»<sup>10</sup> Según Hacker, el recurso a la violencia es «visto a largo plazo, una estrategia mezquina, puesto que por sus éxitos iniciales provocando la atención y creando notoriedad tienta a la repetición, insensibiliza y provoca la contraviolencia, una escalada de la violencia y una brutalización general... La afirmación de que la violencia cura las heridas que causa es un puro desatino. Lo cierto es lo contrario. La violencia no puede vencerse con violencia en una eterna repetición, sino sólo mediante la concienciación y el conocimiento de las circunstancias y condiciones que la provocan, y de su impedimento.»<sup>11</sup>

Dado que la deducción de Hacker es muy amplia —y aparte de ello aborda también el círculo vicioso de la violencia, del que se hablará de manera más amplia en el capítulo siguiente— lo veremos aquí con mayor detalle. El niño pequeño manifiesta ya sus exteriorizaciones agresivas a través de sus músculos esqueléticos, y por puro placer. Simplemente le divierte investigar su mundo por medio de un movimiento agresivo. En esta época temprana tiene una agresión polimorfa, es decir, sus manifestaciones agresivas son muy diversas y todavía carentes de una dirección definida.

El niño comienza entonces a edad ya tan temprana a percibir los estímulos placenteros como parte de su propio ser, sin embargo, a desplazar al exterior en el sentido de la proyección aquellos otros que no le proporcionan placer. Pronto desarrolla la tendencia a ser agresivo si hay algo que no puede conseguir; responde con agresividad a sus temores y tensiones proyectados hacia fuera. Lo que más le gustaría sería cerrar la fuente del displacer. Sin embargo, pronto, bajo la amenaza de castigos y retirada del amor, se le impide dar rienda suelta a sus agresiones. Este control discurre a través de las llamadas retenciones de la agresión, que hacen de ésta un tabú en determinadas situaciones y la

ligan a otras. El niño interioriza las exigencias de su entorno identificándose por completo con las primeras personas de referencia con lo cual, además de su propio Yo, desarrolla también un super Yo, una conciencia. De este modo asume bajo su propia dirección las funciones de vigilancia y castigo del entorno, por lo cual las coacciones externas poco a poco se vuelven internas.

Cuando el niño se inserta en las circunstancias prefijadas, según Hacker una buena parte de la agresión libre puede ligarse en estas condiciones a instituciones como la familia que proporcionan una garantía. El niño acaba por disfrutar de la ventaja resultante de ser un miembro de ella y de estar libre del miedo. Según Hacker, los seres humanos estamos sometidos constantemente a la presión de crearnos instituciones tales como las familias, los clanes, los grupos, etc., porque sólo podemos soportar una pequeña parte de la agresión libre sin poner en riesgo nuestras vidas.

Sin embargo, por su parte, las instituciones conducen la energía de la agresión por determinadas vías. Todas las instituciones, incluso las «buenas», surgen así ligadas desde el principio a la agresión, aun cuando no la conduzcan hacia el exterior. Sólo el control voluntario u obligado de la agresión por parte de la comunidad hace soportable la convivencia humana, opina Hacker. Los controles de la agresión regulados en los animales mediante los instintos y mecanismos inhibidores similares, deben garantizarlos en el ser humano las instituciones que él mismo crea.

El sencillo ejemplo de la ONU puede aclarárnoslo. La comunidad mundial de todos los estados tiene como tarea garantizar la paz entre los pueblos. Sólo lo puede conseguir si los pueblos se ponen de acuerdo en ceder su energía de agresión. En el caso ideal, el monopolio de la violencia por parte de la ONU podría, en teoría, acabar de inmediato con todas las guerras. De momento no sucede así porque las naciones recelan de tanta renuncia a la violencia, es decir, de delegar la energía agresiva a la organización mundial. EE. UU., la nación de este planeta que con respecto a la energía de la agresión actúa de modo más activo y generoso, no quieren ni siquiera que la ONU tenga poder jurídico sobre los soldados estadounidenses. El hecho de que hasta la fecha hayan sido los primeros en organizar tribunales en todo el mundo contra los criminales de guerra no modifica en absoluto esa postura. Lo mismo que todos los que proyectan los conflictos hacia el exterior y hacia otros, EE. UU. opina que los criminales de guerra deben ser juzgados, sin embargo, no los de sus propias filas.

El que esta postura no deba atribuirse sólo a una obstinada guía de la superioridad sino que también está anclada en la población, y no sólo en la estadou-

nidense, nos lo puede aclarar el proceso por la masacre de My Lai citado por Hacker. Cuando el teniente estadounidense William Calley fue llevado ante un tribunal militar acusado de la muerte de más de quinientos niños, mujeres y hombres vietnamitas, a una parte de los cuales él mismo disparó a quemarropa, y fue declarado culpable, hubo un grito de rabia por toda la nación. Nueve de cada diez americanos consideraron la sentencia un escándalo y una vergüenza. Los senadores protestaron en público, visitaron al genocida en la cárcel, se solidarizaron con él y le declararon héroe nacional. El presidente le conmutó la pena de prisión y se la cambió por un arresto domiciliario.

Los oficiales del tribunal militar estaban conmocionados, puesto que el ejército se había negado durante mucho tiempo a admitir el asesinato en masa cometido en su nombre y lo habían encubierto con todas sus fuerzas. Cuando iniciaron el proceso, obligados por la presión pública, lo hicieron correctamente siguiendo las disposiciones con precisión militar y las pruebas contra Calley eran estremecedoras y abrumadoras. Cuando se desencadenaron las protestas contra la sentencia (cadena perpetua), dejaron de entender al mundo. Mientras que ahora se les insultaba e incluso se les amenazaba de muerte, el asesino Caley ascendía a héroe nacional y recibía miles de cartas de reconocimiento. El correo de sus seguidores no dejó de amontonarse.

Lo mismo sucedería en otras naciones. EE. UU. tiene simplemente la ventaja de que, como una democracia que funciona en gran medida, son capaces de llegar a estos procesos. Los excesos de los ejércitos de estados menos democráticos apenas salen a la luz pública y si sucede, desde luego no por vía de los tribunales del propio país. Hubiera sido impensable ver ante los tribunales de la Alemania nazi las incomparables crueldades de las temidas unidades de las SS.

Lo mismo que los jueces militares estadounidenses y los miembros uniformados del jurado, a menudo tampoco entendemos el mundo y probablemente nunca lo hemos entendido en cuanto que se trataba del tema de la agresión y la violencia.

La agresión que parte del individuo y se dirige a la colectividad, que se ejercita desde pequeños, es administrada por la institución y puede dirigirse a voluntad hacia metas externas. La violencia del individuo, estrictamente prohibida como delito, se declara de pronto como ley y se vuelve importante y valiosa. Se le cambia de nombre y se justifica con fines superiores (bélicos). Al teniente Calley se le ordenó actuar contra una aldea vietnamita que colaboraba con el enemigo. Para él era la guerra y (finalmente) se permitía lo que antes era un tabú. Fue similar a lo que les pasó a las gentes de las SS, que después

del atentado contra Reinhard Heydrich tuvieron que asesinar a todos los hombres de la aldea de Lidice como represalia.

La legitimación de la violencia, habitual en las guerras, se sirve de un sencillo cambio de etiquetas que puede encontrarse por doquier. La institución expone la propia violencia como necesidad, e incluso como un derecho natural, como el cumplimiento de un deber para la patria: sirve como autodefensa y estaría al servicio de unas metas más elevadas. Si un soldado, lo mismo que un niño, ha interiorizado los objetivos de su institución, aceptará sin problemas esta perspectiva de las cosas y dirá que coincide con sus propias metas. Hacker deja bien claro que también es violencia lo que parece estar justificado como contraviolencia.

El teniente Calley, sin embargo, ofrece a la vista sólo un lado, el que sigue identificándose por completo con su crimen. Se defendió, prácticamente igual que todos los esbirros nazis, diciendo que sólo cumplía órdenes y que había servido a su país. Reivindicó así el pretexto de la obediencia debida. Sin embargo, siempre hay individuos en los que se genera resistencia frente a órdenes inhumanas de este tipo. Se perciben de repente del abuso de la energía agresiva que en su tiempo delegaron en la institución y se convierten en enemigos (a menudo enconados) de la misma institución. Con frecuencia luchan en el lado perdedor y no es raro que acaben cediendo ante el poder de la institución a la que antaño apoyaron.

No hace mucho he visto cómo un médico contratado y jefe de clínica que se había negado a encubrir un grave error de su médico-jefe fue relevado de su puesto. Fue *él* quien tuvo que irse y no el médico-jefe como esperarían las personas (ingenuas) que creen en el derecho y la justicia. Ahora debe luchar contra la institución de la que antes se creía formar parte. En un país democrático con separación de poderes como Austria todavía tiene posibilidades.

Si alguien que se ha salido del sistema recupera para sí la violencia que originalmente delegó y la utiliza contra la institución para vencerla como sostén de la injusticia o la falta de humanidad, a veces puede vencer, sin embargo, sólo puede conseguirlo si en el camino hacia esta victoria cede de nuevo la energía de agresión a otra institución que ahora, por supuesto, es subjetivamente mucho mejor, es decir, a un abogado, un partido político o también un militar superior.

Sin embargo, apenas se ha conseguido la victoria en la «guerra justa» hay que volver a crear una institución, con todos los riesgos de abuso del poder y de la energía de la agresión que van implicados en este proceso. Puede producirse así, por ejemplo, que luchadores por la libertad como Emiliano Zapata o

Pancho Villa en México, se convirtieran en revolucionarios permanentes. Apenas habían derribado desde abajo un gobierno por medio de la revolución, el nuevo gobierno casi no se diferenciaba del antiguo y había que derribarlo de nuevo. El guía de la revolución china, Mao Tse-tung, pareció comprender ya tempranamente el dilema y recomendó, por consiguiente, la revolución permanente como una especie de institución. Sin embargo, la revolución cultural produjo tanta violencia y desgracia que el pueblo muy pronto se opuso a esa idea y no tardó en enterrarla.

La revolución, al parecer siempre de nuevo necesaria, pone con toda claridad de manifiesto el dilema de que la violencia debe delegarse siempre a una institución de rango superior para conseguir una convivencia pacífica. Si se quiere salir de este círculo vicioso, lo mejor es saber por anticipado de esta necesidad.

Frente a la represión por parte de una institución poderosa, la agresión, incluso en la forma de su horrible variante de la violencia, tiene siempre también una función liberadora y el carácter de una válvula. Resulta entonces lógico actuar violentamente contra la violencia. Por eso mismo, tanto más valiosos son esos momentos en que se consigue mantener a un nivel exigente la agresión justificada.

Por supuesto que los defensores de los derechos civiles de la RDA necesitaron una medida colmada de ánimo, fuerza y voluntad de lucha, aspectos todos ellos del principio de la agresión, cuando se lanzaron a la calle para enfrentarse al sistema de la policía secreta y el ejército, hasta entonces extremadamente dispuestos a la violencia. Articularon sus protestas en consignas de sentido claramente agresivo. El «¡Somos el pueblo!» puede parecernos hoy inofensivo, sin embargo, pretendía expresar, y lo consiguió, la cuestión de la propia legitimación y de la ilegalidad de la otra parte. Rara vez consiguen los organizadores de la desobediencia civil y los líderes de los levantamientos oponerse de manera tan impresionante a la tentación de la violencia.

Si las personas que se lanzaron a las calles de la RDA hubieran pasado a la violencia, los cabezas cuadrada de la dirección de la RDA quizás lo hubieran utilizado como pretexto para reprimir con sangre el primer movimiento verdaderamente popular surgido desde la fundación de la RDA. Los alborotadores que se mezclan por ejemplo en las manifestaciones pacíficas son los mejores aliados de la parte contraria, pues facilitan los pretextos para todo tipo de contragolpes. Es consecuente con todo eso el que las fuerzas del orden de Silvio Berlusconi, el primer ministro italiano y empresario de los medios de comunicación, sellaran un pacto secreto con los camorristas de derechas en la cumbre

de Génova, como revelaron más tarde las imágenes de la televisión. De esta manera era fácil criminalizar a los manifestantes y otros oponentes a la globalización, que en su inmensa mayoría participaron de modo pacífico. Algo similar sucede con los llamados «comandos autónomos» en las manifestaciones en Alemania, que resultan acólitos de la violencia estatal a la que aparentemente combaten y con la que no dejan de colaborar.

En situaciones en que la cólera del pueblo se levanta contra ellos, los gobernantes tienen todavía otra opción, concretamente la de dirigir hacia el exterior, hacia un nuevo enemigo, la energía unida a la voluntad de la protesta. La satisfacción que se produce mediante una imagen lo más sencilla y drástica posible del enemigo, es para ellos extraordinariamente estabilizadora. De inmediato crece el sentimiento de adhesión hacia la institución amenazada. La violencia es siempre sencilla. Sin embargo, todas sus alternativas, por el contrario, son complejas y exigentes.

Hasta se pueden aprovechar estos mecanismos para conseguir uno mismo el poder en una institución. Un maestro en esta estrategia es el político israelí Sharon. Desencadenó el levantamiento palestino, la Intifada, con su provocadora visita al Monte del Templo para proclamarse después en el poder como el salvador de la miseria que él mismo había escenificado. El que sea eso su meta no se le puede reprochar como político, sin embargo, el camino que ha elegido está sembrado de violencia y después no provocó más que violencia. Es evidente que a los alemanes les resulta difícil ver este mecanismo porque Sharon es judío. Por desgracia no es el único que trabaja o ha trabajado con métodos de este tipo. Independientemente del origen o de la nacionalidad del político en cuestión, son muy problemáticos porque arrastran tras de sí una escalada de la violencia. Aunque por razones históricas el ejemplo nos resulte difícil, la única oportunidad para el futuro es percibirlo desde el comienzo y no apoyarlo. Sólo cuando se consiguen ver las tretas de la agresión en distintos planos y sus diferentes formas de presentarse, podemos esperar abortarla en su germen y no quedarnos para siempre presos del círculo vicioso de la agresión y la proyección.

# ¿Cómo llegó la agresión al mundo?

## El mito del primer fuego

Después de los diversos argumentos científicos expuestos para explicar la agresión, puede sernos de utilidad recurrir al mito. En la imagen mítica del mundo, en los mundos imaginarios del alma, habría que asignar la agresión al principio del fuego y de la luz. Los portadores de la luz, ya sea el Loki germano o el Prometeo griego, son los insurrectos que materializan en sí la esencia del fuego. Rompiendo promesas, engañando, con trucos y al final con violencia, robaron a los dioses el fuego, que éstos habían monopolizado para sí y no querían dárselo a los hombres. Por alevoso y agresivo que pueda parecer el comportamiento de estos portadores de la luz también el lado contrario, el de los dioses, no deja tampoco de ser problemático. La postura de los dioses se puede considerar de hecho como muy poco amistosa, porque no quieren perder nada de su fuego cediéndolo. Sin embargo, éste es por naturaleza sobre todo un símbolo del poder. Quien lo posee domina con ello fácilmente el mundo. Podríamos poner aquí sin más, agresión en lugar de fuego.

Por otro lado, el (buen) fin de los portadores de la luz santifica el medio y con ello, este hecho se convierte en prototipo o arquetipo de acontecimientos posteriores. Hacen algo «malo» para fomentar el bien y por eso se parecen mu-

cho al Mefistófeles de Goethe. Como diablo, no es casual que se le llame también Lucifer, que traducido viene a decir algo así como el que hace la luz.

Prometeo y Loki se convirtieron así en héroes adelantados, que se levantaron contra el orden establecido de los dioses. Utilizaron para ello la violencia, una forma particularmente irresuelta de la agresión y ambos fueron víctimas de la contraviolencia de los dioses. A Prometeo se le encadena a una roca en el Cáucaso y cada día un águila le devora el hígado, el órgano consagrado al padre de los dioses, Zeus. Ya que vuelve a crecerle durante la noche, el tormento de Prometeo se vuelve eterno. A Loki no le fue mejor cuando, igualmente sujeto con grilletes a una roca, recibe en sus ojos la saliva cáustica del lobo Fenris o, en otras versiones, la de la serpiente Midgard. Aunque su mujer recoge el veneno en una fuente de modo que puede soportar la tortura, en cuanto que tiene que cambiar de recipiente experimenta un suplicio de mayor intensidad. El hecho de que a los dos portadores de la luz se les haya castigado hasta la eternidad por haberse hecho con el fuego, podría indicar que también nosotros los seres humanos, como sus sucesores, por los que cometieron un acto agresivo, tendremos que padecer también a largo plazo.

El partido de los dioses debió sentirse en este mito víctimas de una acción sacrílega, pues se les hurtó la exclusividad del fuego. Además, en el mundo antiguo no había nada peor que el orgullo desmesurado, el levantamiento contra los dioses propios, sin embargo, por otro lado, la mitología griega es tan sabia que aunque condena el orgullo desmesurado como el único pecado verdadero, al mismo tiempo reconoce que constituye la oportunidad para que los hombres alcancen la unidad y, con ello, se equiparen a los dioses. Los seres humanos que recibieron el regalo de los agitadores quisieron defender moralmente este robo, lo mismo que los portadores de la luz. Con el fuego se les sustraía uno de los elementos de la creación y con la agresión una de sus fuerzas fundamentales. Sin ellos carecían de oportunidades para cualquier empresa terrena. Ambas partes, por un lado los dioses y por el otro los portadores de la luz y los hombres, creen tener la razón, lo mismo que sucede en cualquier guerra y en cualquier acto agresivo primitivo.

Con el fuego no se le ha brindado al hombre sólo una oportunidad sino que le ha venido también una amenaza, algo sobre lo que los dioses siempre habían advertido. En la transferencia del cielo a la Tierra, no pierde su potencial peligroso. Es decir, constantemente hay que vigilarlo, sin embargo, ha de hacerlo el propio hombre. Deben fundarse formas de organización, como por ejemplo los sacerdotes, que lo custodian. Con la posesión del fuego, estos especialistas adquieren una enorme importancia y ascienden hasta la categoría



de ser una especie de semidioses. Al principio todavía se acuerdan de que lo custodian sólo para el común de las gentes y no dejan de asegurarlo. Sin embargo, con el tiempo es probable que adquirieran tanta satisfacción con ello que, lo mismo que con anterioridad los dioses, quisieron monopolizarlo. Como muy tarde en ese momento los postergados se plantearon la pregunta de hasta qué punto es legítima esa detentación del fuego, y de nuevo surgen un Loki o un Prometeo que se rebelan, que levantan la antorcha con violencia y dan un nuevo giro a la rueda del destino.

De este modo, los nuevos dueños del fuego sucumben a la siempre igual premura de la repetición. El fuego no es sólo el elemento de la agresión, sino que también su transferencia se produjo con violencia y, por consiguiente, mediante una forma no resuelta de la agresión. Dentro de este ciclo de la agresión la violencia no es una forma de «perturbación del ciclo», como opina Hacker, sino una consecuencia casi obligada, y en cualquier caso seguirá siéndolo hasta que el hombre se haya dado cuenta por completo del mecanismo de este ciclo y lo interrumpa de manera consciente.

De un modo análogo a este mito, muchos de los mecanismos psíquicos pueden comprenderse mejor en el entorno de este tema. Van desde el mundo de la infancia y el individuo hasta el estallido colectivo de la violencia.

### ***El niño quemado***

Puesto que sólo el niño que se ha quemado teme al fuego, los padres tienen dos posibilidades de educarle. Pueden hacer que tenga una experiencia dolorosa con un fuego relativamente inofensivo, o pueden abrumarle con palabras para convencerle y apelar a la *conciencia* de que lo evite de principio. Se dice que ni los cuchillos ni las tijeras ni la luz son para los niños, prohibiéndoles de este modo cualquier acto agresivo, pero, naturalmente, apenas hay cosas que interesen más a un niño que eso que está prohibido. En consecuencia se desencadena una lucha entre los padres poderosos, que monopolizan todas las cosas interesantes, en primer lugar el fuego, como hicieron antaño los dioses, y el niño. Le prometen que un día, cuando sea lo suficientemente mayor, serán más generosos. Un niño sano deseará que llegue ese momento, que para él será en una fecha distinta a la de sus padres. Se rebelará y querrá jugar con el fuego prohibido. Por lo general, los padres dejarán escapar la entrega a su debido tiempo del poder y surge entonces un conflicto, que lleva la agresión al juego de la vida. Estos conflictos de la transición, aderezados con agresión, se des-

criben ampliamente en mi libro *Las etapas críticas del alma*. Tal como ya señala el mito de Prometeo, la problemática se va repitiendo de una generación a otra. Cada una de las que sigue tiende a reclamar para sí, por ejemplo, el fuego del erotismo y de la sexualidad, antes de que los dominantes quieran cederlo. Los jóvenes, a pesar de la prohibición, lo conquistan y después se lo retienen a sus hijos hasta que éstos intentan obtenerlo y acaban por ganarlo. Lo que la última generación ha conseguido luchando se lo retendrá después a su descendencia, hasta que ésta se lance a la ofensiva de un modo agresivo, y así sucesivamente.

### ***El poder del cielo y el fuego del infierno***

Los primeros hombres que tuvieron que robar el fuego a los dioses lo hicieron en un acto agresivo. Es probable que fuera un rayo que saliera de la mano del padre de los dioses, Zeus, cayendo del cielo y que fuera destinado a algo totalmente distinto, sin embargo, es probable que uno de aquellos hombres lo malinterpretara a sabiendas y conquistara para sí, de manera valerosa, el fuego para sus propios fines. De esta manera surgieron problemas, en principio similares, como los que conocemos en los ejemplos del mito, del desarrollo de la infancia o del psicoanálisis.

Seguramente entre los hombres aparecieron grandes temores primigenios ante el fuego. Es probable que les hubiera quemado en los incendios de la estepa y que hubieran creído por primera vez en los dioses. Este hombre animoso aprendió a dominar el fuego de forma dolorosa. No obstante, al final logró domesticarlo y poco a poco comenzó a utilizarlo con regularidad para calentarse a sí mismo y más tarde también a sus alimentos. Debó quemarse muchas veces las manos antes de aprender a tratar de manera precavida con esta energía. Comprende entonces lo que los dioses querían decir y cuánta razón tenían al afirmar que aunque el fuego era un poder del cielo, también podía convertirse en el fuego del infierno. Por un lado tiende a ir hacia su patria en el cielo, sin embargo, al mismo tiempo quema todo lo que hay por debajo suyo y puede así convertir en cualquier momento la tierra en un infierno incandescente. Con toda la ambivalencia del principio de la agresión que mora en su interior puede calentar y quemar, alimentar y devorar. Es al mismo tiempo atracción y horror, es la esperanza y la amenaza, bendición y maldición, peligro y oportunidad. De este modo el fuego, en manos de los hombres, se convirtió en un reto permanente, lo mismo que el principio al que representa. Con su ayuda podían

conquistarse nuevos ámbitos de la vida, sin embargo, no llegan sólo al macrocosmos del mundo exterior sino que también al microcosmos del interior y engloba finalmente el fuego atómico, que desde entonces les amenaza más que ninguna otra cosa. Debieron así inventar los servicios contraincendios a todos los niveles, que por lo general sólo pueden hacerle el juego.

El fuego fue siempre un símbolo de reto. Los hombres jugaban con él de manera intencionada para demostrar el ánimo y la ausencia de miedo, sin embargo, también, constantemente lo exageraban y caían víctimas de las llamas. Otros lo atravesaban por su prójimo o sus seres queridos, demostrando que para ellos había cosas más importantes que su propia vida. Incluso algunos se prendían fuego a sí mismos y se convirtieron en fanales de una idea superior, como los monjes budistas que se inmolaron en forma de antorchas vivientes protestando contra la política estadounidense en Vietnam, o como el checo Jan Palach, que se quemó en protesta por la invasión soviética.

Los hombres aprendieron poco a poco a diferenciar las dos caras del fuego y de la agresión: por un lado el fuego domesticado, que en el marco de la cultura proporciona un verdadero avance y que guarda relación mitológicamente con Palas Atenea, la encargada de la cultura en el Olimpo y protectora divina de Prometeo, y por otro lado el fuego peligroso de la destrucción, que va asociado a Marte. Naturalmente, ambos tipos de fuego van siempre entrelazados. Atenea se ocupaba también de la guerra, si bien a un nivel claramente más exigente que el de Marte.

El doble papel del fuego siempre se pone de manifiesto. Puede abusarse de él en forma de armas de fuego y herramientas de tortura como las tenazas ardientes, sin embargo, lo utilizamos como señal de aviso en los semáforos en rojo. Cuando los manifestantes forman una cadena de velas y encienden un fuego simbólico contra la xenofobia, demuestran ánimo y lanzan la señal de que ambas cosas están relacionadas con el principio de Marte o de la agresión.



## **Los principios: elementos básicos de un orden superior**

Los seres humanos siempre han intentado relacionar los sucesos de la vida con los del mundo para que el orden encontrado redujera sus temores. El sistema periódico de los elementos, por ejemplo, no es otra cosa que un intento logrado de explicar el mundo material a partir de sus elementos individuales. Toda la materia de este planeta está formada por una mezcla de este algo más de un centenar de elementos. No existe nada que no esté hecho de ellos. De manera similar, antiguamente se dividió en los denominados principios no sólo el mundo material, sino también todas las formas en que se presenta la vida. Sobre esta base se nos presenta una imagen del mundo que engloba asimismo el fenómeno de la agresión en todas sus modalidades, y que sobre todo genera una posibilidad de abordar todo aquello que sobrepasa con mucho todo lo que la ciencia nos ha brindado hasta nuestros días.

En la antigüedad se eligió para ello el sistema de los siete planetas clásicos, que recibían los nombres de los principales dioses. Con el descubrimiento de los restantes planetas, el sistema se amplió más tarde a diez. Esta visión del mundo ha quedado relegada al olvido, salvo en lo relativo a la filosofía espiritual, aunque de vez en cuando experimenta un redescubrimiento en algunas de sus partes. Los principios, que van ligados a los llamados planetas interiores, que se mueven en órbitas cercanas al Sol, simbolizan lo individual, el modo de conducta personal, los impulsos egocéntricos. Están entre ellos Marte y su contrapunto Venus, así como el Sol y la Luna, Mercurio y Júpiter.

No obstante, incluso el principio central, el del Sol, no se desarrolla realmente hasta que no entra en relación con los principios exteriores, más alejados. Los principios ligados simbólicamente con los planetas exteriores, aquellos cuya órbita discurre más allá de la de Saturno, están relacionados dentro de este contexto con otras características adicionales. Todo ello tiene sentido en particular si se les liga con los principios de los planetas interiores. Los planetas exteriores corrigen entonces las tendencias bastante egocéntricas de los planetas interiores. Habría que mencionar aquí a Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Los principios de los planetas exteriores nos interesan en particular en su relación con el principio de Marte, que representa la agresión.

Estos principios los podemos reconocer también en el propio cuerpo. Por ejemplo, el de Saturno, que significa los límites de la generalidad y la reducción a lo esencial, lo vemos reflejado en el cuerpo en los dientes, que forman un pelotón fronterizo. Afecta en particular a los premolares y los molares. El principio de Saturno estimula la responsabilidad total.

Allí donde aparece en escena el principio de Plutón se necesita en la mayoría de los casos una evolución en el sentido de una transformación total, que también es reclamada de modo implacable. Por consiguiente, afecta a todos los cuadros clínicos autoagresivos, en especial aquellos que amenazan con unas consecuencias definitivas, como sucede con un resultado de muerte.

Neptuno, el principio del desenlace de todo lo aparente, lo encontramos en la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob y en la EVE («vacas locas»). El principio de Neptuno exige la renuncia a cualquier intención; pide desprenderse de toda volición. Con esto quiere decirse, por ejemplo, el deseo de ganancias materiales que han propiciado la aparición de estos cuadros clínicos.

El principio de Urano, que es el responsable de lo original, lo sorprendente y lo imprevisible, pide independencia y libertad de todo con lo que se entra en relación. De lo que se trata es de desprenderse de cualquier dependencia personal, es decir, por ejemplo, liberarse también de la idea fija de la independencia. Nos ocupa asimismo en relación con la hiperactividad.

Muchos de los intentos de clasificación aparecidos en Occidente acaban por regresar en última instancia a la vieja teoría de los elementos de la antigüedad. Si contemplamos la teoría de los tipos de la psiquiatría, en los coléricos podemos encontrar el elemento fuego y en los sanguíneos el aire. A los melancólicos se les asocia al elemento tierra y a los flemáticos al agua. Desde Freud, a los coléricos se les identifican rasgos histéricos, a los sanguíneos esquizoides, a los flemáticos depresivos y a los melancólicos coactivos. Estos cuatro tipos elementales se reflejan, dentro del ámbito cristiano, en los cuatro evan-

gelistas. Hasta la fecha constituyen una base de nuestra comprensión del mundo. El conocido psicoanalista Fritz Riemann, que muy pronto tuvo el coraje de reconocer la antigua teoría de los principios, y que también ha publicado un libro acerca de los tipos correspondientes de la astrología, atribuyó estos cuatro tipos básicos a las cuatro tendencias fundamentales del universo.<sup>12</sup> Asoció, en el sentido de Paracelso, el hombre como microcosmos al macrocosmos de la creación. Llamó revolución al movimiento de la Tierra alrededor del Sol y vio en ello un adaptarse uno mismo a una trayectoria prefijada, que se sigue dependiendo de ella. Esta tendencia la reconoció de nuevo en la resignación depresiva, tal como se encuentra en todas las sociedades primitivas, que siguen siempre el mismo camino que sus antepasados. El giro propio de la Tierra alrededor de su eje, por el contrario, revela la dinámica individual del planeta. Equivale al girar-alrededor-del-propio-eje esquizoide y nuestra tendencia actual a seguir el propio camino. Se manifiesta en sentido positivo en el proceso de individualización, tal como lo describe C. G. Jung, y en sentido negativo en el moderno egocentrismo. La fuerza centrífuga de la Tierra equivale al tipo colérico, del fuego, que se dirige hacia el exterior y que corre el peligro de perder su punto medio. La fuerza de la gravitación, contraria a ella, se refleja en el tipo acomodado, de la tierra, que amenaza con petrificarse.

En la antigüedad se dividieron todavía más los cuatro principios fundamentales, como veremos aquí en el caso del fuego: al fuego inicial se le describió como cardinal y se le reconoció en el carácter del dios de la guerra Marte (Aries); en su punto álgido se designó al fuego como fijo y se le asoció al Sol; al fuego evolucionado se le llamó lábil y se le identificó con Júpiter (Zeus).

Basándose en los nombres de los dioses se diferenciaron los cuatro principios, de suerte que aparecieron diez principios que constituyen hasta nuestros días los fundamentos de todas las disciplinas espirituales y que se conocen, en especial, para la astrología. No obstante, en los tiempos antiguos se quería indicar con ello la teoría de los principios y en modo alguno las previsiones del futuro designadas en las revistas como «astrología».

La idea de volver a encontrarnos en nuestra vida cotidiana con estos principios no nos resulta en modo alguno tan ajena como podría parecer a primera vista. El principio oral asignado originalmente a Venus y redescubierto por el psicoanálisis, puede dejarlo más claro con el tema del tabaco. Muchos fumadores tienen un problema oral, o incluso venusiano. Les falta disfrutar de la vida y de este modo, al fumar, tienen algo entre los labios que les proporciona una cierta satisfacción. Cuando dejan el tabaco, por ejemplo por razones de salud, tienden a comer más y a ir picoteando, con lo que a menudo aumentan de

peso. Esta reacción es menos lógica que analógica. Simplemente tienen que seguir trabajando de manera inconsciente su problema oral o venusiano, y lo hacen comiendo o tomando dulces. Desde el punto de vista de los principios, podrían hacerlo igualmente chupándose un dedo o besando.

Antes se trataba este hecho con una mayor naturalidad, aunque en ninguna época el principio de Marte fue muy apreciado. Aries/Marte, junto con Hades/Plutón, el dios de los infiernos, fue el menos valorado del Panteón griego o romano, y son precisamente estos dioses tan poco queridos los que han dado nombre a nuestro principio de la agresión, lo cual nos indica ya que nos acercamos a una tarea que no es fácil.

A Aries/Marte se le consideraba pendenciero, incluso traicionero y bronco, sin embargo, a pesar de ello obtuvo su puesto en el cielo de los dioses. Se intentaba estar a buenas con todos los principios para que no le sorprendieran a uno de improviso. Los hombres de la antigüedad eran conscientes de que no podían sustraerse a ninguno de ellos y, por ese motivo, a cada uno se le dio su espacio, su tiempo y su derecho.

Hemos perdido en gran medida esta costumbre de consagrar un determinado tiempo a cada principio, costumbre que facilitaba enormemente la vida, si bien esa idea no nos resulta todavía del todo extraña. El principio del dios de los cielos, Urano, que domina todo lo repentino, súbito y *alocado* que se aleja de la norma, y al que igualmente corresponden los rasgos de ingenio y la apoplejía, tiene todavía su época en el carnaval. Desde el 11.11 a las 11 horas y 11 minutos hasta la noche de carnaval, las fuerzas uránicas tienen el campo libre dentro de nosotros y a nuestro alrededor. Sólo en la noche de carnaval se pone fin al impulso relajado y aparece el miércoles de *ceniza*, el periodo del ayuno y con ello el principio de Saturno.<sup>13</sup> Está dentro del orden (establecido) salirse de madre en la época de carnaval, saltarse las normas y hacer el loco. Durante el tiempo de verano, en cambio, no hay espacio para ello e incluso se castigaría. Es evidente que lo mejor sería resolver estas necesidades anormales (que lesionan las normas) y las propias locuras en ese periodo extra del que disponemos para podernos quedar tranquilos al respecto durante el resto del año. Quien se ocupa de manera más intensa con las costumbres carnavalescas, observa lo profunda que eran antes y cómo servían de válvula de escape de las energías uránicas. Los tabúes (jerárquicos y sexuales) podían romperse dentro de un marco libre de peligros y controlado, sin poner realmente en tela de juicio el orden. De este modo, el principio de Urano ha mantenido hasta nuestra época durante el carnaval su tiempo y su espacio, algo que se les ha negado a los restantes principios, sobre todo a Marte y más recientemente a Plutón. Si



se ha constatado que no pueden evitarse ciertas coacciones, siempre será mejor ser conscientes de ellas, conocerlas y entenderlas. Si no sucede así, el rechazo le depara a uno entonces, por regla general, un aprendizaje obligatorio que es mucho más desagradable. Esto puede provocar tanto problemas exteriores como interiores. Después de más de dos décadas de estar interpretando los signos de las enfermedades, no tengo la menor duda de que existe una interrelación entre el microcosmos y el macrocosmos en el sentido de Paracelso. Hay muchos datos que hablan a favor de que estamos en la Tierra para aprender y de que la vida es una gran escuela. Podemos aprender a todos los niveles posibles y constantemente tenemos la elección de hacerlo. Sin embargo, si decidimos rechazar un tema, deberemos aprenderlo en contra de nuestra voluntad.

Por este motivo, fue muy sabio que nuestros antecesores reservaran, o sacrificaran, a los principios determinadas épocas de su vida, incluso ampliando esta predisposición al sacrificio a ámbitos dolorosos. Sacrificarse de manera voluntaria es mucho más sencillo y desde luego más agradable, que verse obligado a algo, aunque el sacrificio en su conjunto pueda resultar molesto. El que de ahí surgiera también una religión, que lo mismo que todas las religiones pudo malinterpretarse, no modifica la superioridad fundamental de un trato consciente con los principios. Para un químico y un físico es totalmente natural someterse a la acción de la ley del sistema periódico y no tener que andar probando de nuevo cada vez. En la medicina y la psicología puede ser igualmente útil confiar en la acción de los principios.

## **Marte: el principio arquetípicamente masculino de la agresión**

Desde el punto de vista de la filosofía espiritual, la agresión es la energía de todos los inicios y corresponde al principio de Marte, con el que comienza cualquier vida. Desde esta perspectiva, el intento de expulsar la agresión del mundo carece de todo sentido. Si se consiguiera, significaría abolir el mundo.

La palabra agresión procede del latín *aggredi*, que significa *abordar, atacar*, la cual, inicialmente, carecía de una valoración y tenía un significado neutro. En nuestro uso moderno de la lengua, el concepto de agresión, por el contrario, generalmente tiene una connotación exclusivamente negativa. Es necesario ver esta unilateralidad y compensarlo descubriendo el lado de Marte que fomenta la vida. La palabra *agredir* se usa también con distintas connota-

ciones en diferentes idiomas o en regiones de una misma lengua, como sucede con el término alemán, que en Austria posee un significado más neutro que en la propia Alemania.

El comienzo, que siempre necesitó de la energía de la agresión, es realmente algo hermoso. Sin la agresión no podría iniciarse y de este modo el primer impulso es siempre agresivo, pensemos por ejemplo en el mito científico de la creación, el *big-bang*, esa gigantesca explosión que puso todo en movimiento, o en las historias religiosas en las que se habla de los primeros sonidos, rayos, palabras o cánticos. También la primera palabra, el primer sonido que cae en el silencio, *destruye* éste con fuerza agresiva y por ese motivo no es mala.

Todo nuevo inicio del año sucede *naturalmente* a partir de la energía agresiva de la primavera. Las savias ascienden, los árboles brotan, y nadie ve nada malo en todo ello. Si nos enfrentáramos al fenómeno de la primavera con nuestras valoraciones habituales, resultaría ridículo. Cuando hay miles de millones de yemas que se desprenden de sus cubiertas inofensivas, miles de millones de peligrosos embriones afilados *perforan* de manera brutal a la inocente madre Tierra, y a pesar de ello resulta sumamente agradable. Disfrutamos de la fuerza agresiva de Marte en primavera, sin ella no podría comenzar el nuevo ciclo de crecimiento. Aquí, hasta tomamos partido a favor de las energías agresivas de la primavera y nos aliamos con ellas frente a las fuerzas rígidas y tozudas del invierno, que asignaríamos al principio de Saturno.

Los embriones de las plantas llevan en realidad las mismas puntas peligrosas que nos encontramos en lanzas, aviones de caza o cohetes. Todos los objetos similares que se lanzan presentan esta misma forma, desde las puntas de flecha de la Edad de Piedra hasta los cartuchos modernos de las ametralladoras rápidas. De lo contrario no podríamos volar, o al menos no tan deprisa. Es la forma o la firma de Marte, el dios de la guerra, algo que no es ni bueno ni malo, sino simplemente lo más adecuado para romper las resistencias y poder avanzar. Incluso las observaciones *agudas* impactan sobre el nivel del alma a mayor profundidad que cualquier conversación insulsa y llegan con más precisión a su objetivo.

Nos gusten o no Marte y su energía, ahí está en todo comienzo, y cuanto menos cortapisas encuentre para actuar, tanto más sencillo será el inicio. También el parto vive de la fuerza de Marte de los participantes. La madre lo expresa con las contracciones y el niño, en el caso ideal, se lanza activamente de cabeza hacia la vida. Si uno de los dos renuncia a la parte de Marte, el ginecólogo debe ponerla en acción y, utilizando un *afilado bisturí*, ha de hacer una *incisión* en el vientre hinchado para liberar al niño. También en la sangre que

ahora fluye en mayor cantidad está representado el principio de Marte, lo mismo que en los gritos de dolor que puedan producirse.

Todos los intentos de eludir a Marte acabarán por fracasar y sacan a relucir sólo sus formas sin resolver, tal como queda claro en el caso de la cesárea. Si el niño se dispone en posición transversal o la madre no ejerce la suficiente presión, la intervención de Marte aparece por el lado de la medicina en el juego de la vida, y ésta comienza entonces de manera problemática. Si el niño se niega a dar el salto hacia la vida, por muy comprensibles que sean los motivos, o incluso si sale de nalgas, Marte debe imponer sus derechos.

Antes, los ginecólogos sujetaban la cabeza del niño con el forceps y tiraban hasta conseguir vencer la resistencia. Quien no salía por propia voluntad debía ser sacado a la fuerza y *arrastrado* hasta la vida. Para ello no importa en absoluto cuántas buenas razones se tengan para evitar a Marte. Al niño que sabe que debe atravesar el muro con la cabeza, hay que entenderle en su negativa. Tampoco puede hacer nada por la presentación incorrecta durante el parto, cuando todo el empuje de la cabeza se ejerce sobre el intestino en lugar de hacerlo hacia la abertura del canal del parto, actuando aquel como una especie de muro. Incluso si no es responsable del dilema de la posición inadecuada, no se le evita la experiencia de Marte del comienzo. Los ginecólogos, que con anterioridad al médico francés Frédéric Leboyer<sup>14</sup> tuvieron mucha responsabilidad en la escalada de las fuerzas de Marte en áreas no resueltas, debieron intervenir entonces de manera *agresiva*, ya fuera practicando una *incisión* en la barrera o asumiendo su *desgarro* y posterior sutura. En ambos casos era una cuestión dolorosa, sangrienta y, por consiguiente, del ámbito de Marte.

Un nacimiento suave no es posible por la propia *naturaleza* de las cosas, tampoco es lógico y Leboyer no lo dijo así. Su libro se titula expresamente *Parto sin violencia*. Al fin y al cabo la violencia y la brutalidad son aspectos no resueltos de la agresión y no pierden nada durante un parto, lo que podemos hacer es evitarla eligiendo sus aspectos positivos.<sup>15</sup> Cuando, por ejemplo, la mujer adopta una postura adecuada, ya sea en la silla de partos, de pie o sentada, y puede ejercer toda su fuerza, esto es también un apoyo de las fuerzas de Marte, pero en este caso de un modo positivo.

Sin Marte, pues, no habría nada en este mundo. Incluso un pequeño y tierno pollito debe destruir la cáscara del huevo de un modo agresivo con su pico afilado para poder ver la luz de este mundo. Así, ya lo dijo con toda razón el filósofo griego Heráclito, que (el dios de) la guerra (Marte) es el padre de todas las cosas. Es cierto a nivel de los principios, sin embargo, en modo alguno hemos de pasar por alto el hecho de que eso no está dicho en un sentido valorador y,

en consecuencia, tampoco en un sentido negativo. Tampoco debe olvidarse, además, que todo lo que tiene un padre también lo posee una madre. En este caso no resulta difícil integrar al contrapunto de Marte, la diosa del amor, Venus. Todos los principios tienen un polo opuesto de este tipo, el cual está mucho más cerca de él de lo que a menudo se supone. El papel del polo opuesto nos ocupará constantemente, en especial cuando entremos en el tema de la polaridad.

El principio de Marte se expresa en cualidades tales como *rápido, agudo, afilado, directo, animoso, caliente* o también *enérgico y energético*, que pueden utilizarse tanto en sentido positivo como negativo, como por ejemplo calentar las casas o destruirlas con bombas incendiarias. Con una navaja afilada se puede matar y cortar pan, con ánimo se puede salvar vidas o ponerlas en riesgo. El principio de la agresión no sólo está al comienzo, sino que estará siempre ahí y no podrá sustituirse por nada, aunque siempre tenemos la elección de en qué plano queremos vivirlo. Se puede pensar de un modo rápido y valiente para evitar un peligro, por ejemplo en el tráfico viario. Se puede avanzar de manera ofensiva por nuevos caminos para superar viejos problemas, se puede pensar y saltar fronteras con un intelecto agudo y encontrar mejores soluciones. Se pueden zanjar discusiones acaloradas de forma inmediata, se puede lanzar toda la energía en el plato de la balanza y vencer en la dialéctica en bien de la generalidad.

Una vida valerosa está siempre llena del espíritu de Marte. Quien sujeta al toro por los cuernos y lucha por encontrar soluciones, vive el principio de Marte. Abordar animosamente y con denuedo los grandes retos que impone la vida moderna sería la tarea prioritaria de nuestro tiempo, y sólo se consigue en una relación reconciliada con el principio de la agresión.

El ser humano es un *Zoon politikon*, un animal social. Necesita una cierta agresión para dirigirse a otros y seguir su disposición. La relación requiere siempre de ánimo y fuerza ofensiva, desde el comienzo hasta el final. En el curso de la relación se necesitan las fuerzas de Marte para darle una forma viva y palpitante, que llene y que estimule el crecimiento, y para atreverse a dar constantemente pasos en común por nuevas tierras.

A pesar de su importancia vital para nuestra vida, el principio de Marte sigue esperando en vano que se le libere del «rincón de los trapos sucios». Si se evita todo lo relacionado con Marte, es natural que también desaparezcan sus aspectos positivos. Donde se tengan que realizar *cortes profundos* o donde haya que dar los primeros pasos y superar fronteras, sin Marte no hay la menor posibilidad de éxito.

La mayoría de los políticos de los grandes partidos por ejemplo, se caracterizan, lo mismo que la mayoría de sus electores, por la medianía y los malos compromisos, lo que ha conducido en las democracias occidentales a un tedio de la política. Casi todos quieren de un modo convulsivo estar en el centro y se reflejan en esa medianía. En muchas de las democracias clásicas hay una gran parte de la población que ya no participa del juego y se abstiene en las elecciones.

Similar a la insatisfacción de la población con los políticos es la que hay frente a los médicos. Uno de los motivos más profundos de esa postura es que en ambos grupos se echa de menos escandalosamente la energía de Marte. Por supuesto que tenemos los políticos a los que la mayoría hemos elegido, lo mismo que los médicos a los que acudimos, algo de lo que no hay la menor duda en las democracias y con la libertad de elección de médico. Lo que aquí podría parecer a primera vista una queja, tan sólo muestra lo mucho que nos falta el principio de la agresión en sus manifestaciones positivas y en concreto de un modo general, no sólo en la política y la medicina. También en el mundo cotidiano la energía de Marte desempeña inevitablemente un papel destacado, para nuestro bien o nuestro mal. Las siguientes líneas de Friedrich Nietzsche pueden dejar esto más claro y animarnos a la reconciliación con Marte:

*Ecce homo.  
¡Si! ¡Sé de dónde vengo!  
Insatisfecho como la llama  
ardo y me consumo.  
¡Se hace la luz! Todo lo que cojo,  
lo dejo convertido en carbón:  
seguramente soy una llama.*

## **El reniego de Marte**

Debido a nuestra escasa consideración hacia el principio de la agresión y nuestra negativa a prestarle el debido respeto y dejarle un espacio apropiado, el resultado de todo ello es que a menudo se obliga a Marte a ir por caminos oscuros. Debe presentarse en todas las posibles formas negativas. Está sobre-representado en la mafia y en todo el crimen organizado. Su influencia se manifiesta tanto en las guerras entre bandas como también en los negocios sucios, que llegan hasta los escalones de la economía y de la política. La parte de Marte, sin embargo, sólo la percibe quien tiene olfato para sus cualidades.

Además, Marte participa por principio en todas las guerras y en muchos cuadros clínicos y de algunos de ellos, incluso, es el único responsable. Cuanto menor es la consideración que tenemos hacia él, tanto más violento será en los esfuerzos por imponerse y en el modo en que obliga a que se le preste mucha atención.

En el caso del principio de Marte percibimos con total claridad que, por un lado, sin él no podemos vivir. Con la excepción de, por ejemplo Costa Rica o Islandia, apenas hay un país que renuncie de manera voluntaria al ejército y sin su sistema inmunológico, una persona apenas puede sobrevivir. Por otro lado, intentamos evitar a cualquier precio mirar a Marte a la cara, e incluso llamarle por su nombre. Esto rige por igual a pequeña y a gran escala, lo mismo para lo individual que para lo colectivo.

Casi todas las guerras de los últimos cincuenta años las han planificado y dirigido los ministros de *defensa*. Un alma cándida se preguntaría cómo se «defendía» un ministro de defensa ruso en medio de Afganistán o cómo han tenido que «defenderse» sus colegas americanos en tantos lugares del mundo. Sin querer hacer valoraciones, resulta llamativo que, alejados miles de kilómetros de su casa, difícilmente es aplicable la justificación habitual de los militares, la de defensa de la patria frente a atacantes extranjeros. En tales casos hay que preservar principios como los de la libertad o de la democracia y su defensa. Sin embargo, detrás de las «medidas de defensa» de este tipo se encuentra a menudo el deseo de hacer prevalecer los propios intereses.

Naturalmente que no es posible designar como idénticas las diferentes intervenciones bélicas. Sin duda la intervención americana contra la Alemania nazi fue una lucha heroica que liberó a un continente. No puede compararse desde luego con la guerra de Vietnam o con la invasión rusa de Afganistán.

Aunque se trate de motivos de ataque tan claros, se argumenta de manera defensiva. Simplemente se venden mejor porque tenemos inhibiciones que nos impiden llamar a Marte por su nombre y mirar a sus ojos belicosos. Existe también de manera similar un reniego del principio de la agresión. Ya en el nombre de los ejércitos invasores aparece el menosprecio hacia Marte. Hay que mencionar en especial a los ejércitos alemanes que desde el *Reichswehr*,<sup>1</sup> pasando por la *Wehrmacht*, hasta el *Bundeswehr* nunca se han defendido, aunque por lo que respecta a los dos primeros han atacado de modo agresivo. Antes se hablaba de unas fuerzas *armadas*, un ministro de la *guerra* y una campaña de *conquista*. De esta manera, al menos gramaticalmente, se es más

1. N. del T. *Wehr* en alemán significa defensa, protección, arma defensiva.

honesto, un indicio de que con el tiempo se ha ido valorando cada vez de manera más negativa.

El miedo a estar con Marte es sumamente claro en la reciente historia alemana. Durante décadas se explicó a los jóvenes de la República Federal de Alemania que durante año y medio de su vida tenían que sacrificarse por defender al país, porque la parte oriental disponía de un ejército popular armado hasta los dientes que sólo estaba esperando poder lanzarse sobre occidente. Por el lado de la RDA sucedía lo mismo, pero en sentido contrario y todavía más drástico. Después, con la reunificación, el Bundeswehr y el ejército popular se dieron cuenta de pronto de que estaban en el mismo lado. Ahora pensaron muchos que se produciría un desarme por todo lo alto. Habría sido la consecuencia lógica si fuera cierta la anterior argumentación. Sin embargo, como todos pudieron ver que no sucedió así sino que en el mejor de los casos se rearmaron. ¿Para qué? preguntaban los ilusos. Los partidarios del rearme no dieron demasiadas respuestas, pero es evidente lo que pensaban: nada de devolver los juguetes de la guerra, con el tiempo volverá a encontrarse un adversario. Desde entonces lo andan buscando y no sin éxito. No hay que salir mucho para llevar el tema de Marte al plano bélico. De este modo no hay que renunciar a proyectos armamentísticos que se tragan miles de millones, como el de un nuevo bombardero, aunque nadie separe para qué se va a utilizar. A pesar de toda lógica, en cualquier caso se seguirá construyendo. Quien crea aviones de combate tan caros sin ningún fin reconocible, debe mantener una relación secreta con Marte. Los ciudadanos pacifistas supondrán aquí que hay una relación no resuelta. Los partidarios de inversiones de este tipo no se manifiestan abiertamente a favor de sus intenciones bélicas y eso es algo que tienen en común con todos los seguidores modernos del principio de Marte.

### ***La postura pacifista***

Los pacifistas se consideran con frecuencia mejores personas simplemente por estar en contra de Marte. Con las mejores intenciones, suelen querer expulsarle del mundo. Sería interesante comprobar cuál es el porcentaje de enfermos de alergias e infecciones entre ellos. Al fin y al cabo, el principio de Marte reprimido debe encontrar una válvula por algún sitio. Las pocas esperanzas de éxito que tienen los intentos pacifistas nos lo demuestra la historia reciente. Más francos a este respecto, aunque no en cuanto a su designación, son los investigadores de la paz, que prácticamente se dedican de manera ex-

clusiva a investigar sobre las guerras y el armamento. Tal como ya se ha mostrado en numerosos ejemplos, sería mucho más lógico no intentar expulsar a Marte del mundo sino vivirlo de una forma resuelta. Estar en contra de la guerra es algo totalmente distinto a oponerse de manera radical al principio de Marte. Lo primero es humano, sin embargo, lo segundo es peligroso para la vida puesto que con ello se empuja a Marte hacia el ámbito incontrolable de las sombras, donde se vuelve muchísimo más peligroso. Es bien conocido el hecho de que casi todos los políticos pacifistas importantes han muerto de forma violenta. Entre ellos, los que habían sido anteriormente generales, como Anwar el Sadat o Isaac Rabin, sobrevivieron sin daños las guerras cuando eran soldados, sin embargo, como apóstoles de la paz cayeron al primer disparo. Es peligroso cerrar las válvulas de escape para las energías de Marte si hay en juego un potencial mucho más agresivo.

Lo ideal sería crear para esta energía violenta una válvula distinta, que fomentara el desarrollo. Si se consiguiera hacer que los luchadores de la Intifada que lanzan piedras en Palestina emplearan esa energía y esa dedicación para construir su país, su situación personal y la de toda la región se encararía con muchas mayores esperanzas. Simplemente prohibirles tirar piedras castigándoles, no es ninguna solución puesto que entonces no sabrían qué hacer con su energía agresiva.

Lo problemáticas que resultan las propuestas de desarme radical de los pacifistas, que al principio pueden parecer atractivas, se ven mejor mediante la analogía con el microcosmos. Un desarme total de nuestro sistema inmunológico lo encontramos en la fase terminal de la leucemia o del Sida, y es incompatible con la vida. Esta analogía con el microcosmos les parecerá desagradable a algunos individuos que todavía se sentían fascinados cuando se va contra el armamentismo. Si contemplamos nuestro cuerpo, reforzarnos es siempre mejor que desarmarnos.

Otra analogía, esta vez procedente del Lejano Oriente, podría darnos igualmente que pensar. El samurai, que ha vivido toda su existencia para conseguir el perfeccionamiento del arte de la guerra, en el caso ideal es tan fuerte que no necesita luchar. El contrincante reconoce a primera vista la superioridad interior, que es un espejo de la exterior, y prefiere así renunciar al uso de las armas. En este caso, un contrincante inteligente y con un nivel de conciencia lo suficientemente alto, suele actuar con el instinto de la supervivencia; la historia y la experiencia demuestran que esto no sucede del mismo modo con todos los seres humanos.



## ***Sinceridad para el principio de Marte***

Cualquiera que sean las objeciones en contra de los militares, los soldados al menos reconocen el principio de Marte, si bien en un plano totalmente sin resolver. Es evidente que pueden conseguir algo positivo de este principio, puesto que de lo contrario no harían día tras día de forma voluntaria algo que todos los demás esperan, y oficialmente también ellos mismos, que nunca se necesitará y aplicará.

Algo similar les sucede a los cirujanos, a los que igualmente se les forma para usar herramientas agresivas con un carácter de armas y que ejercen una actividad en la que se clava y se corta. La esperanza de que no necesiten nunca de sus armas y de sus habilidades agresivas ni se menciona. Sin decirlo, cualquier paciente o profano parte de la idea de que los cirujanos emplearán sus herramientas realmente sólo en caso de urgencia, cuando falle todo lo demás. Quien ha vivido cómo los jóvenes cirujanos se *disputan* por las intervenciones quirúrgicas, que por otra parte les servirán para su formación, tiene la sensación de que Marte ejerce una fascinación secreta. Naturalmente que a los buenos cirujanos les gusta operar. Debe ser así, pues de lo contrario nunca serían expertos en su campo. Se distribuyen los pacientes antes de que éstos lo sepan, siguiendo el lema de: «¡El próximo estómago me pertenece a mí!»

El que las *operaciones* militares sean totalmente distintas es algo que, al menos, deberá ponerse en duda. Durante su formación en el campo de tiro, un buen soldado siente seguramente satisfacción al apuntar, disparar y contar las dianas. ¿Por qué en un caso serio debería ser distinto si por su eficacia se le premia con ascensos y condecoraciones y con ello puede salvar además su propia vida y la de sus camaradas?

No sólo puede leerse en los libros de historia con cuánta satisfacción se exageran estas capacidades en el campo de batalla. El que a los «buenos» soldados se les ascienda con mayor rapidez en la guerra es una verdad de perogrullo. ¿Sin embargo, qué es un buen soldado? En esto las opiniones son muy divergentes.

En cuanto estos conceptos son sobreentendidos, se transfieren rápidamente a situaciones políticas o militares concretas, de inmediato vuelve a ser difícil ver el efecto de los principios participantes. El motivo son las propias valoraciones, que le hacen a uno cambiar de modo tendencioso la perspectiva. En cuanto que son partidistas, eso nos ciega por regla general. A modo de ejercicio sería muy útil contemplar el siguiente ejemplo, sin valorarlo y abstrayéndolo de la propia persona.

La Guerra del Golfo del año 1991 fue un ejemplo evidente de nuestra relación secreta y agarrotada con Marte. Desde el punto de vista de los aliados se trataba de desarmar a un adversario al que, curiosamente, poco antes todavía se le estaba entregando armamento. En las disputas ideológicas, y más tarde bélicas, entre Irán e Irak, EE. UU. había tomado partido por el dictador iraquí Saddam Hussein y con ello habían elegido siguiendo la idea del mal menor. Esto tuvo más tarde como consecuencia que Saddam no les temiera como enemigos y que actuara después de un modo descarado y egoísta, incluso en contra de los intereses estadounidenses.

Los aliados pronto se pusieron de acuerdo que había que hacer algo. Quien no quisiera luchar de manera activa, al menos debería pagar. En Alemania, que no deseaba entonces involucrarse en el campo de batalla, los políticos derramaron lágrimas de cocodrilo mientras que vendían a la opinión pública una guerra necesaria, que su propia política y la de sus aliados habían urdido.

En las calles se *desencadenó* entretanto el movimiento pacifista, aparentemente por amor a la paz, pero en realidad más bien por rabia (de Marte) contra los políticos y sus expertos en armamento. Sin embargo en casa, ante la pantalla del televisor, disfrutamos al ver cómo los aliados americanos hacían un buen trabajo (de precisión) con nuestro dinero. Los programas sobre la guerra alcanzaron cuotas de pantalla fantásticas y a pesar de todos los lamentos oficiales hubo suficientes espectadores que reconocieron lo mucho que les fascinaban las escenas de la destrucción, que recordaban a los videojuegos.

Mientras que entre nosotros se duplicaba el número de los objetores de conciencia en esta época dominada por Marte, el ejército inglés, cuyos soldados estaban luchando de manera muy activa, vio duplicar el número de aspirantes a ingresar. Allí, lo mismo que en EE. UU., en Francia y en las restantes naciones que participaban activamente en la guerra, se vivió una situación muy distinta, mucho más equilibrada con el principio de Marte. Cada noticiero de la televisión inglesa comenzaba con una entrada bélica, en la que los aviones de combate Tornado tronaban en el cielo, los tanques avanzaban por el desierto y los soldados de élite avanzaban cuerpo a tierra por la arena, apoyado todo ello con música de trompetas y la triunfante frase de «*Britons at war*».

Las diferencias realmente fundamentales entre Alemania e Inglaterra pueden explicarse seguramente por las distintas experiencias bélicas a lo largo de la historia.

El principio de Marte aparece por igual en ambas naciones, pero con una sinceridad distinta. Los ingleses eran consecuentes con su implicación en

Marte y no les importaba difundir por todo el país la fascinación de sus jóvenes pilotos directamente después de las operaciones. Era la guerra y con ello, en el sentido de Marte, la destrucción significaba éxito. En Alemania Marte estaba igualmente presente, sólo que de manera menos abierta y aceptada. Los manifestantes a favor de la paz no proclamaban a Marte y su ira, sino que lo ocultaban detrás de consignas pacifistas, que en esta situación carecen de sinceridad. Los políticos ocultaban su mala conciencia detrás de comentarios pseudopacifistas y era evidente que se alegraban que todo discurriera con un tono tan marcado de Marte y que rápidamente apareciera en escena. Sólo los militares alemanes se pusieron del lado de Marte y explicaron, cuando aparecían en la televisión alemana como comentaristas, con evidente satisfacción, lo profesional que actuaban sus colegas.

En realidad tenían razón. Cuando se entra con Marte en el plano no resuelto de la violencia bélica, no tiene sentido hacerlo a regañadientes. Lo peligroso es pegar sólo un poco o hacerlo con demasiada lentitud. Una bofetada a cámara lenta no finaliza antes una discusión sino que irrita más al contrario. La bofetada se encuentra dentro del ámbito de Marte, pero la debilidad de su ejecución en este caso tiene otro carácter por lo que el resultado es una contradicción. Si hay que operar, hay que utilizar un bisturí bien afilado. Todo lo demás no es más humano, sino más doloroso y peligroso y, con ello, más tonto. Si Marte no se manifiesta en el filo del bisturí lo hará entonces, con mucho mayor dolor, en un corte lento y atormentante. La idea de que las viejas agujas que se esterilizaban infinidad de veces, y por tanto resultaban menos afiladas, permiten un método menos doloroso de extraer sangre que las modernas cánulas desechables, mucho más afiladas, carece de todo sentido. Antes era una mayor tortura. Si es Marte, se hará de manera consecuente y valerosa. A partir del ámbito del microcosmos de nuestro cuerpo se pueden deducir sobre este tema una infinidad de analogías.

De todas las maneras, esto no significa que se consiga una buena relación con el principio de Marte si desciende uno hasta los niveles más primitivos y materiales. En el campo de la medicina sería mucho mejor detectar antes los síntomas para no tener que operar más tarde. Lo que puede regularse con una interpretación adecuada, dirigiendo la energía mediante ejercicios físicos tal como se practican por ejemplo con el Qi Gong o por medio de una alimentación a tenor de los tipos, resultaría mucho más elegante, indoloro, barato y más fácil de lograr.

Resulta, pues, bastante preocupante el hecho de que se valore mucho menos esas medidas, y se pague también mucho menos por ellas, que las inter-

venciones quirúrgicas. Si con frecuencia hacemos que sean cirujanos los jefes de toda una clínica, esto se corresponde más o menos con la idea de convertir a generales en primeros ministros y cancilleres. El que un general genial pueda ser un político malísimo nos lo demuestra claramente el ejemplo del estadounidense George Patton después del fin de la Segunda Guerra Mundial, y es algo que él mismo lo sabía y lo decía. Cuanto de manera más pura y ofensiva vive un guerrero el principio de Marte, tanto menos indicado es como administrador y cuidador.

La guerra es, naturalmente, el plano más grosero, peligroso y primitivo del principio de Marte. Se demuestra en que saca siempre a relucir los rasgos de carácter más primitivos y brutales del ser humano. En ninguna época se mata, viola, saquea, incendia y tortura más. Por consiguiente, fue sobre todo la guerra la que dio tan mala reputación a todo el principio. Aquí tenemos sólo en cuenta el punto de vista humano.

Desde la perspectiva de la Tierra, una gran guerra que devuelva a sus comienzos a una humanidad que se ha vuelto loca, puede parecer desde luego una salvación. Desde esta perspectiva mucho más amplia y también desde el punto de vista del gran director del todo, en ese momento todo está en orden. También pueden resolverse así los problemas que tenemos con los lados negativos de Marte. Son simplemente parte de la gran escuela de la vida en la que podemos y debemos ir todos juntos. No obstante, defenderemos intencionadamente la perspectiva humana, que engloba de una forma más unilateral y valorativa nuestro bienestar y en la que no sólo se entra por una supervivencia de la Tierra sino, de manera expresa, por una convivencia con los seres humanos que existen sobre ella. La supervivencia de la Tierra siempre está garantizada y para impedirlo somos demasiado ínfimos.

No obstante, cada vez estamos más en condiciones de poner en peligro la supervivencia de la humanidad.

Al encontrar tan poco acceso al principio de Marte tendemos, a todos los niveles, a dejar que la agresión escale hasta el plano más primitivo, algo que se manifiesta y venga de múltiples maneras. A nivel macrocósmico somos testigos constantemente de crueles guerras entre naciones y conocemos mucho mejor la disputa que la cultura de la disputa.

De manera análoga, no es raro que en las discusiones al nivel microcósmico de las familias se llegue a las manos, y el combate es menos una disputa mental, una lucha por encontrar las mejores soluciones, que una aniquilación mutua, banal y primitiva. Todo esto es asimismo Marte, pero se trata sólo de su lado negativo, el más primitivo.

## ***El principio de Marte en la vida cotidiana***

### **Conflictos, separaciones**

Cuando en un matrimonio se tiende a dar largas a los problemas, o incluso a ocultarlos debajo de la alfombra, se irán acumulando. Por lo general es desagradable decir de una manera espontánea a nuestra pareja que lo que acaba de decir nos ha hecho daño. Se tienen reparos en hablar de ello abiertamente ante otras personas y se desplaza el problema hacia la noche, pero entonces aparecen nuevos motivos para no hablar de ello de una forma franca y se deja el tema para el día siguiente. Se sigue así hasta que llega un momento en que, en apariencia, ya no se piensa en ello, pero por esta vía la energía no desaparece, sino que se acumula bajo la alfombra o incluso en el subconsciente. Puede acumularse allí tanto que llega a tenerse miedo de tocar este tema.

Este es el momento en que muchas veces por un motivo pequeño o hasta banal, pero que hace rebosar el vaso, se acude al abogado (divorcista). Estos profesionales en las cuestiones de la agresión cruzan entonces las espadas, como representantes del cliente, y lanzan todos los argumentos. Los verdaderos implicados permanecen entonces sentados y por lo general en silencio y dejan que sus «mercenarios», a los que contratan por mucho dinero, se ofendan mutuamente. Bajo el paraguas protector de un juez y en la seguridad de una regulación ritual, los representantes llevan a cabo la lucha que ellos evitaron en su matrimonio. Por lo general, fueron simplemente demasiado cobardes, lo que demuestra a su vez una falta de fuerza resuelta de Marte. El que acciones de este tipo no sólo mortifiquen sino que llegan a provocar enfermedades, es algo evidente. Las agresiones negativas dirigidas mutuamente han aumentado a veces tanto y han llegado a un nivel tan primitivo, que ya no es posible comunicarse entre sí. Los hijos comunes se convierten, en el peor de los casos en rehenes.

En EE. UU. la ola de divorcios con la correspondiente lucha por el dinero y los derechos ha conducido casi a una especie de toma del poder por parte de los abogados, que promueven muchas disputas o al menos las alientan porque participan financieramente del resultado a través de unos honorarios al conseguir el éxito. Una separación judicial de este tipo representa ya una porción de liberación del principio de Marte, pero en todo caso es más humano que una lucha directa con los puños o armas de fuego. La sociedad se ha creado con ello un ritual para evitar lo peor, tal como nos lo muestra la película de Hollywood, *La guerra de los Rose*.

## El estrés y sus consecuencias

En cuanto que las personas entran en conflicto, su química corporal se modifica. Aumentan las hormonas del estrés adrenalina y noradrenalina y quedan a la espera de la correspondiente actividad física. Si ésta no se produce, se contraen a pesar de ello los vasos, aumenta la frecuencia cardíaca, se empequeñecen las pupilas, se eriza el pelo y se eleva el mentón.

La situación nerviosa viene ahora marcada por el simpático, el lado «masculino» del sistema nervioso visceral (a diferencia del parasimpático «femenino»). Se trata de atacar o de huir. Sin embargo, si esta situación se desencadena de manera permanente si que se reaccione, tal como ha ido modelando la evolución, o sea que la persona ni comienza a luchar ni emprende la huida, se materializa y da lugar a un cuadro clínico psicósomático. Por esta vía surgen síntomas tales como el de la hipertensión y, a consecuencia de ella, la angina de pecho y el infarto de miocardio.

Gracias a la medicina académica, el camino que conduce hasta allí ha sido bien investigado científicamente. El organismo sometido a una presión permanente y con ello a un estrechamiento de los vasos sanguíneos, poco a poco va dejando de molestarse en volver a ensancharlos. Se mantiene en esa situación de estrechez, con lo que aumenta la presión. Debido a este nivel elevado de la presión, pequeños aumentos posteriores pueden conducir a la rotura de la delgada membrana interna de esos vasos. En estas zonas de rotura acaban por acumularse grasas sanguíneas, como el colesterol, sustituyendo una estructura que anteriormente era de proteínas. Esta acumulación comienza ya después de la pubertad en una sociedad como la nuestra, azotada por el estrés, y dependiendo del nivel de presión alcanza con el curso de las décadas una dimensión que puede provocar el taponamiento total de los vasos. Si esto afecta al corazón, se habla en este caso de un infarto.<sup>16</sup>

## Las luchas rituales y la lucha como profesión

Cuanto más desarrollado está un estado conoce medios tanto más exigentes para llevar a cabo las discusiones con Marte a niveles más positivos, como por ejemplo en forma de rituales. Entre nosotros se ha fomentado sobre todo el re-  
tramiento y la represión de la energía de Marte, de modo que no afecte a la vida pública. A pesar de todos los intentos de crear reglas y rituales para el trato con Marte, volvemos a ser hoy testigos de una tendencia hacia sus formas

de expresión más primitivas. El dilema puede aclararse mediante una expresión antigua, apenas utilizada hoy, la de la *cultura de la disputa*. Existen multitud de disputas, pero apenas existen ciertas posibilidades culturales de poder hacerles frente. Cuando en la televisión los programas de discusión entre personajes más o menos conocidos se convierten en programas de enfrentamiento por amor a conseguir una mayor cuota de pantalla, nos demuestran lo grande que es la necesidad de la discusión, y, al mismo, tiempo también lo grande que es el miedo a abordar personalmente el tema. De hecho, estos programas acostumbra a ser una evolución de las antiguas luchas ritualizadas de las tribus. En las *culturas* que todavía llevaban con todo derecho este nombre porque disponían de un culto *vinculante* que unía, las disputas entre clanes se resolvían a menudo por medio de representantes de cada uno de ellos, pero incluso nosotros disponemos todavía de toda una serie de formas y reglas de comportamiento en este sentido, como son las negociaciones en los tribunales y los rituales de arbitraje.

Imaginémonos simplemente que un presidente poderoso como George W. Bush y un dictador como Sadam Hussein tuvieran que dirimir la cuestión personalmente dentro de un círculo trazado en la arena del desierto. Lo absurdo que nos puede parecer esto, nos pone de manifiesto lo lejos que estamos hoy del trato ritual con la agresión. La idea no parece ser tan desacertada pues la Guerra del Golfo de 1991 fue, en muchos aspectos, una guerra de delegación. No sólo había soldados aliados contra los iraquíes, sino que detrás de ellos estaba la industria armamentística. Bien visto se trata de la misma industria armamentista que había aprovisionado a ambas partes, aunque de manera desigual. Contemplado de esta manera fue casi una aniquilación ritual de productos armamentistas, una auténtica fiesta para el principio de Marte y sus cómplices en la industria. Mientras no lo entendamos, apenas tendremos oportunidades de ver, hacer caso omiso y después evitar estos excesos primitivos del principio de Marte.

Mucho mejor sería, sin ninguna duda, explicar todo ello en el plano intelectual, y se intenta hacerlo por las vías diplomáticas. De todas las maneras, a la mayoría de los diplomáticos les falta el acceso al principio de Marte. Su tarea es, en lugar de ello, el principio contrario, el de Venus, servirle y encontrar compromisos aceptables que aporten las máximas ventajas a ambas partes y provoquen los menos dolores posibles. Por eso se retuercen intentando no hacer daño a nadie y mantener la cara de cada una de las partes a cualquier precio. A menudo prefieren no decir nada que avanzar valerosamente para luchar en busca de soluciones. Si en este escenario una de las partes tiene el coraje de

luchar y amenazar, por lo general vencerá puesto que la otra parte a menudo no se atreverá a acercarse a Marte.

Un ejemplo clásico nos lo proporciona la política de apaciguamiento que intentaron los aliados frente a Hitler antes de la Segunda Guerra Mundial o, medio siglo más tarde, la alianza frente a Milosevic. Quien no se atreve a recurrir a las energías de Marte, perderá prácticamente siempre frente a quien se encuentre a gusto con este principio. Por desgracia, esto sucede independientemente de la calidad ética de la posición defendida. Este es uno de los motivos por el que los mayores canallas tienen con frecuencia éxitos tan grandes. Asumen el principio de Marte, aunque en sus formas más primitivas, pero a los diplomáticos, como representantes del polo opuesto, de Venus, lo que les interesa es la paz, casi a cualquier precio. Por eso muchas veces el precio es demasiado alto y a menudo no puede pagarse.

Quien por cobardía prefiere hablar que luchar tiene pocas oportunidades frente a adversarios más primitivos, como por ejemplo los camorristas radicales de derechas. Por el contrario, quien habla desde una postura de fuerza a menudo no necesita amenazar, se le entiende. Un tema que sin un trasfondo de Marte apenas se concibe y que no puede resolverse.

Expresiones como las de *batalla verbal*, *intercambio de palabras* o *poner las espadas en alto* indican el profundo carácter deportivo que llevan ancladas estas disputas. Cada partido envía al cuadrilátero a su mejor luchador, pero que no ha de ser al mismo tiempo el mejor político, y después se despellejan en sentido literal. Hoy nos creemos con cierta razón que estamos capacitados para esas abstracciones. En cuanto que las discusiones políticas se desplazan a la calle como en la época de la república de Weimar en Alemania, cuando los seguidores nazis andaban a palos con sus contrincantes comunistas, desciende el nivel y comienza el peligro.

Otras profesiones distintas a las de abogados, soldados, políticos o deportistas profesionales no dependen de manera tan exclusiva de Marte y del trato ritualizado con la agresión, pero apenas se las podría practicar sin aplicar energías de Marte, como sucede por ejemplo con los periodistas. Aunque en realidad están comprometidos con el principio de Mercurio, necesitan una buena dosis de valentía para poder ver más allá de la fachada en sus investigaciones. Además, deben encontrar siempre nuevos temas, como nos muestra la caricatura del reportero corriendo. La parte correspondiente a Marte se ve con mayor claridad en aquellos periodistas que informan en los lugares de crisis y en conflictos bélicos poniendo en riesgo su propia vida. Lo mismo que los soldados, *disparan* imágenes, *acechan* las ocasiones y no es raro que tiendan emboscadas.



En la forma no resuelta de los *paparazzi*, dentro del campo del reportaje de sociedad se ha desarrollado una caza del hombre que hace de la vida de los famosos un infierno, y que se caracteriza por el instinto cazador de fotógrafos agresivos y los clientes sin escrúpulos. Esta forma está ganando hoy incluso una supremacía. Los reporteros persiguen a los famosos de un modo más agresivo y enconado que los policías a los criminales o los cazadores a su presa, pero cuando los periodistas persiguen a delincuentes, no es raro que conviertan a éstos en famosos. Por mucho que sea el enojo con esta situación no debemos olvidar que no fueron policías los que destaparon el escándalo de Watergate en Washington, sino dos aguerridos periodistas. En cualquier caso, se necesita una porción de Marte para trabajar en la prensa y el plano lo determina, como siempre, el propio carácter y el grado de reconciliación con este principio.

La profesión más importante en nuestro país con una porción de Marte es la de empresario. Se le exige valor para iniciar algo nuevo, atreverse a mucho y bajo ciertas circunstancias echarlo todo a una carta. El quiere *conquistar* el mercado y *ganar* nuevas esferas de influencia para sus ideas o productos para conseguir así *imponerlos*. Para ello debe tomar *decisiones y responsabilidades*. Estos dos conceptos revelan, si los contemplamos con detenimiento, su referencia a Marte, lo que se pone de relieve etimológicamente en especial en determinadas lenguas, como el alemán.

Con la profesión de empresario se ve también lo mal preparada que suele estar nuestra sociedad para evaluar a Marte. Al comienzo, cuando se trata de las cualidades propias de Marte, tales como el arrojo y la disposición al riesgo, nadie se adelanta para compartir la responsabilidad. Si su apuesta falla, si el nuevo proyecto es un fracaso, él sólo debe asumirlo, pero en cuanto se llega al éxito, llega el Estado y obliga al afortunado a compartir los beneficios obtenidos a medias.

En sociedades como la alemana, que han pasado a castigar directamente las actividades de signo Marte también en este campo, el estado retiene mediante impuestos directos e indirectos incluso dos tercios de los beneficios, pero ya que por regla general los empresarios son personas con una buena relación con Marte, muchos de ellos no se dejan vencer sin luchar y buscan salidas a esta situación que consideran injusta. Este hecho conduce a veces a que al empresario no se le valore por sus logros. Aunque con su valor y su disposición al riesgo hace que el estado florezca y contribuye de manera más que proporcional a financiarlo, hay parte de la sociedad que le considera más bien un perjuicio para ella y envidia su éxito.

Países como Suecia han visto lo que le sucede a un estado que desprecia y expulsa a sus empresarios: decae para convertirse en un estado social enemigo de la innovación y que antes o después no puede hacer frente a los pagos y en el que la palabra responsabilidad propia es totalmente extraña. Da igual que la fuga de los empresarios ante la responsabilidad para con el estado sea moralmente reprobable, pues siguen el principio de Marte, sin embargo, si, por otro lado, los consorcios no contribuyen a la sociedad de la que viven, tal como está sucediendo en medida creciente dentro del marco de la globalización, es algo que debe condenarse.

En los países del antiguo bloque del Este se ve lo que sucede cuando se suprimen los empresarios y los funcionarios intentan asumir sus funciones. Los funcionarios, que se rigen por el principio de Saturno, son en muchos aspectos necesarios para el estado. Sin embargo, son totalmente inadecuados para conseguir el éxito empresarial ya que por lo general carecen de las cualidades propias de Marte. Su interés está en conservar lo ya existente y en aplicar y vigilar las leyes. A la inversa, una persona con carácter de Marte y habilidades empresariales apenas puede mantenerse como funcionario. Naturalmente, sin empleados todo iría tan mal como sin empresarios: los problemas surgen del desequilibrio.

El hecho de que en una población estén representadas todas las cualidades correspondientes a los principios hace posible una mezcla equilibrada de profesiones. El peligro radica en una intervención estatal excesiva y una funcionalización del sistema. Por otro lado, la ausencia de toda intervención conduce a extremos de explotación y desprecio del ser humano como sucedió en los comienzos del capitalismo. Esta perspectiva del papel del empresario y del compromiso empresarial bajo el signo de Marte, deja bien claro lo importante que es el equilibrio de los distintos principios para hacer posible la armonía del conjunto completo.

## **La vía del guerrero**

Incluso el conflicto militar más vehemente pueden ordenarse con reglas rituales y con ello también aliviarse. Pensemos sólo en el arte de la guerra de los caballeros medievales. En sus torneos luchaban a menudo por el honor de su dama y cruzaban sus lanzas en un ritual que, aunque buscaba la victoria, por regla general no pretendía la muerte del contrincante. Los japoneses siguen rindiendo honores hasta nuestros días a las artes marciales tradicionales, estando impregnadas en este caso del principio de Plutón que confiere al enfren-

tamiento una dimensión más profunda y amenazante, en especial cuando desciende hasta planos que no se han resuelto. En Occidente, por regla general, no nos agradan las formas plutónicas de los enfrentamientos bélicos, si pensamos sólo, por ejemplo, en los pilotos kamikaze, «viento divino», que se estrellaban contra los navíos de guerra americanos como bombas volantes. Es diferente con otras artes de lucha orientales como por ejemplo el Aikido o el judo, que encuentran un número creciente de adeptos entre nosotros, pero, por desgracia, se infravalora precisamente sus aspectos rituales y filosóficos. Ahí estaría la oportunidad de encontrar unas soluciones más exigentes.

Sin embargo, la vía del guerrero no es sólo en Japón, sino también en otras muchas culturas, una vía de autorrealización. En la tradición de los chamanes que nos ha acercado Carlos Castaneda, el guerrero es la etapa más elevada de la realización. Es tan fuerte que no se doblega ante nadie, y tan humilde que no deja que nadie se incline ante él.

Las distintas maneras de la lucha siguiendo a Marte las podemos ver en el juego del ajedrez. Construido de una manera estrictamente jerárquica y discutiendo según reglas muy estrictas, constituye un típico ritual de lucha. Todas las figuras tienen que proteger al rey, pero pueden batir al adversario cada una a su manera y contribuir así al juego (de la vida). Cada jugada debe meditarse intensamente por las consecuencias que lleva puesto que, lo mismo que sucede en la vida, no es posible dar marcha atrás. La mayor libertad de movimientos, casi ilimitada, y con ello también la mayor fuerza para batir, es la de la reina. Sus capacidades son superiores a las de cualquier otra figura y sólo se encuentra por detrás del rey, relativamente falto de movimiento.

El ajedrez es un juego intemporal, pero siempre actual. Se trata de una lucha, pero no de una agresión ciega; se puede haber «comido» más figuras del adversario y aun así perder. De todas las maneras, la táctica (Mercurio) y las habilidades estratégicas, así como a veces la capacidad necesaria de sacrificio en la lucha (Plutón), no son precisamente los puntos fuertes del principio de Marte. Prefiere el ataque directo y en el mejor de los casos la defensa hacia delante.

## **Los nuevos y viejos gladiadores, los hinchas**

En el deporte y en todas las profesiones que dependen de él, tenemos la tendencia a considerar las luchas rituales como verdaderas. Sólo el grado de interés y el gasto que hay alrededor de las olimpiadas o de los campeonatos mundiales de fútbol,

demuestran cuánta energía hay detrás de estos espectáculos. El «tesoro lingüístico» de los reporteros revela con toda claridad que se trata, sobre todo, de Marte. Los modos de expresión de los hinchas resultan incluso más claros y drásticos, diríamos que casi bélicos. Llevan consigo muchas descripciones de guerra y siguen a sus héroes en países enemigos, de batalla en batalla, e intentan mediante un comportamiento amedrentador, que va desde el rugido al desenfreno, apoyarles y desmoralizar al contrincante. Esto tiene por lo general efecto sobre el propio equipo animado y el contrario escarnecido, motivo por el cual los equipos son más débiles fuera de casa, donde saben que tienen detrás suyos seguidores e hinchas. Es evidente que los jugadores temen o aman los aullidos de guerra y las danzas que se ejecutan con ellos.

En la forma degenerada de los *hooligan*, los hinchas hacen honor a su nombre y se convierten en camorristas brutales, a los que los acontecimientos deportivos sólo les sirven de excusa para provocar alborotos bélicos. Constantemente en los estadios aparece Marte en su forma menos positiva, llegándose hasta producir muertes. Después de ese histórico partido de fútbol entre los equipos del Liverpool y el Génova, en el que los *hooligan* ingleses mataron a treinta y cuatro italianos, sobre el toldo de un camión inglés apareció una pintada que decía «Liverpool : Génova: 34:0».

Para los veintidós millonarios que están sobre el césped, esto resulta naturalmente distinto. Por lo general se conocen personalmente y a pesar de la competencia no tienen malas intenciones entre ellos, e incluso a menudo son amigos. Sin embargo, en las numerosas lesiones que se producen a causa de la presión por la victoria o por razones tácticas, aparece de nuevo la variante negativa de Marte. Esto sucede en especial con los delanteros y los mediocampo, que a menudo deben avanzar entre los adversarios ejerciendo una violencia braquial. Incluso los defensas deben imponerse, resistir los ataques y ganar los combates.

Incluso en aquellas modalidades deportivas que a primera vista se nos presentan menos agresivas, Marte desempeña en ellas un papel decisivo. En los torneos de tenis, aparentemente educados, los actores golpean las pequeñas pelotas con ayuda de sus raquetas de forma tan violenta que sus saques alcanzan velocidades superiores a los doscientos kilómetros por hora, algo que sólo conocemos en las armas de fuego.

Tanto en los tenistas como en otros deportistas llama la atención hoy, en general, el endurecimiento de las formas y la paulatina desaparición del juego limpio y la caballerosidad, a pesar de las reglas más estrictas y la mayor vigilancia (como puede ser mediante cámaras de televisión). También aquí Marte

se encuentra en la rama ascendente y es llevado cada vez más, de un modo que sirve de ejemplo para toda la sociedad, hacia las esquinas oscuras. Desde ellas se nos presenta de vuelta en la brutalidad propia de su versión más primitiva. Mientras que antes los tenistas corregían, aunque fuera en su contra, las decisiones erróneas, hoy esto se ha convertido en algo inusual. Los dos jugadores luchan con todos los medios exclusivamente para su propio beneficio. Un antiguo jugador de élite como Brad Gilbert ha escrito incluso un libro donde describe sus trucos. El título lo dice todo y representa lo que hoy es habitual en el deporte: *Winning ugly* («Ganar de forma sucia»).

En el fútbol ya casi es habitual hacer goles de forma poco limpia, incluso con la mano, y provocar penaltis mediante espectaculares caídas fingidas, tender emboscadas al contrario si el árbitro no lo ve, etc. Las mayores dimensiones en el «juego» se alcanzan en el fútbol americano. Este deporte muy combativo sobrepasa cada vez más la frontera entre la lucha y pasa a la guerra. La agresividad exigida y jaleada por los espectadores americanos, que llega hasta la brutalidad, se refleja en unas cifras bien significativas. Más de una quinta parte de los jugadores en activos de la máxima liga de fútbol (NFL) ha pasado ya por los tribunales acusados de graves delitos criminales. La lista va desde la violación, pasando por el consumo de drogas, hasta el asalto armado. En la última final, la Superbowl, entre los New York Giants y los Baltimore Ravens, sólo entre los jugadores participantes había dieciséis que habían estado en prisión el año anterior. Las *máquinas de combate*, como gustan llamarse a sí mismos, que pesan más de cien kilos, proceden con frecuencia de entornos menos favorecidos y han crecido en una atmósfera de violencia.<sup>17</sup>

Todo esto no son más que signos de un trato cada vez menos entendido con los aspectos positivos de Marte. Si se cumplen las reglas y se enfrenta uno al contrincante con una postura caballeresca y con el sentimiento del juego limpio, también aparece Marte, pero en una forma mucho más elegante y menos lesiva.

Con respecto a la falta de deportividad, una disciplina tan noble como el golf constituye sin duda una excepción, sin embargo, también aquí aparece Marte cuando se golpea con un bastón la pequeña y dura bola, que vuela después cientos de metros por el aire. Por el contrario, en deportes como el boxeo o la lucha, el componente de Marte no tiene límites. La influencia de Marte se observa también cuando los héroes del esquí alpino se lanzan como balas hacia el valle por las pistas. Al parecer, los espectadores disfrutan de la carrera más incluso que los propios participantes en el slalom. La visión de caídas espectaculares no sólo se ha convertido en un factor que gana cuotas de pantalla

en las televisiones. En el deporte del automóvil los accidentes, entre ellos la muerte del antiguo campeón del mundo Ayrton Senna, han elevado al máximo el interés.

Un placer similar en cuanto a la tensión agresiva es la que se vive en el mundo del circo, donde los números más peligrosos son los que cuentan con mayor interés. El domador de caballos puede resultar excelente estéticamente, pero el domador que introduce su cabeza en las fauces del tigre, arriesgando con ello su vida, atrae más (a más gentes). Los artistas deben trabajar sin red para resultar mejores. ¿Qué puede haber detrás si no es la espeluznante posibilidad de ser espectadores de una caída mortal?

Al fin y al cabo, todas las profesiones y actividades deportivas peligrosas contienen un claro componente de Marte. El enorme placer por el peligro de muchos espectadores demuestra la fuerza con la que secretamente nos sentimos atraídos por Marte y que muchos, incluso, se ven atados a sus manifestaciones negativas. El peligro de muerte ha vuelto a convertirse en una atracción. Las luchas entre gladiadores de la antigua Roma reviven y tienen lugar también hoy, sólo que con distintos ropajes y escenarios. El miedo a la muerte, como el más profundo de los temores del ser humano, se asimila así de un modo sustitutivo. Los deportistas muestran que no temen a la muerte y al diablo y eso arrastra detrás de ellos la admiración de las masas. Nuestra postura agarrotada frente a Marte se nos muestra con toda claridad en situaciones de este tipo. Si nosotros mismos viviéramos de un modo más valeroso y activo, no deberíamos disfrutar en secreto cuando otros ponen en riesgo sus vidas ante nuestros ojos. Cuanto más se entienda uno mismo con el principio de Marte, tanto más evolucionados serán también los niveles en los que se disfrute de su fuerza.

Especialmente macabro es el placer en los casos de muertes potenciales y reales que observan los médicos de urgencias y los bomberos, cuando después de un accidente deben alejar a los curiosos del trabajo de salvamento. Estos mirones se ponen a sí mismos en peligro, puesto que en cuanto que hay un choque en uno de los sentidos de una autopista, los curiosos del otro sentido arriesgan su vida y provocan el accidente paralelo.

Con Marte no nos hemos convertido en mirones menos que con Venus, sólo que en el caso del principio de Venus lo hacemos de manera más clara y sincera. Encontramos así en la televisión siempre dos cuotas de audiencia directa, y con ello orientadas al gusto de las masas, que actúan como imanes seguros sobre los espectadores: las transmisiones deportivas, que se dirigen a temas de Marte estancados, y las películas de sexo, que satisfacen de modo sustitutivo las correspondientes apetencias de Venus.

## Las válvulas de la agresión

Los deportistas aficionados que, como ya lo indica su nombre, practican su deporte activamente por afición y que podrían estar libres de la presión por los resultados y de la obligatoriedad del éxito, tendrían las mejores condiciones para mantener con Marte una relación con sentido y plenitud. Sin embargo, si el tiempo que disponen para hacerlo es escaso y no son conscientes de sus ambiciones del signo de Marte, no conseguirán resolver el tema de este principio. De todas las maneras, incluso una asimilación escasa e inconsciente de los temas de la agresión es siempre mejor que ignorarlos por completo o reprimirlos. En realidad, por esta vía no se resuelve el problema de Marte pero de todas formas se asimila. Esto último debe hacerse de manera continua, en lo primero la presión nos suele alejar del tema.

Digamos para evitar los malentendidos: todo lo que se ha dicho anteriormente con respecto a las relaciones entre el deporte y la agresión no va dirigido en modo alguno contra el deporte en general. Al contrario, el deporte parece ser una de las pocas válvulas que realmente todavía se utilizan para satisfacer la enorme fuerza primigenia de la agresión dentro de un marco ritual. Si con ocasión de un partido de fútbol hay muertos, no es razón suficiente para mí para poder pensar en una prohibición de estos espectáculos sino al contrario, para pensar qué otras válvulas más eficaces podrían ponerse a su disposición para la agresión que llevan acumulada.

Debemos mucho al fútbol. Si sus miles de seguidores no tuvieran una vez por semana la oportunidad de desfogarse, mucho peor le iría a nuestra sociedad. Podemos estar agradecidos de que los hinchas se reúnan voluntariamente en los castillos de cemento de los estadios y se desgañiten gritando. Si liberaran toda esta energía en sus familias o en el lugar de trabajo, eso perturbaría sobremanera la paz que allí pueda haber. Debido a esta posibilidad de descarga, la asistencia al estadio es incomparablemente mejor que la transmisión por televisión. Sólo así puede entenderse que alguien aguante un juego, a menudo aburrido, cuyos mejores momentos pueden resumir con toda comodidad en un par de minutos los reporteros. Pagan enormes precios, se exponen a las condiciones meteorológicas y a los problemas de tráfico a la ida y en la vuelta, precisamente por esa atmósfera que hay en el estadio, que les permite dar rienda suelta a sus sentimientos (sobre todo agresivos).

Quien con toda seriedad quiera prohibir el fútbol después de un exceso en forma de alborotos sangrientos, pasa por alto todas estas interdependencias y también, por ejemplo, el hecho de que ofrecemos un número incomparable-

mente mayor de víctimas mortales en nuestras carreteras al principio de Mercurio, que es quien rige el tráfico y las comunicaciones de todo tipo. En muchos de estos accidentes de tráfico la causa está asimismo en una energía de Marte acumulada y reprimida, que se descarga de modo inadecuado en esas circunstancias.

Quien vive las persecuciones y las luchas por adelantar en las carreteras alemanas, y sobre todo en las autopistas, y contempla el diseño de los coches, reconoce la firma del principio de Marte. En algunos casos, los automóviles llevan incluso el nombre de animales de presa, como en el caso de Jaguar, pero también el Mustang recuerda un caballo salvaje y permite ver en él a Marte. Las flechas de plata son disparos y se ponen a la velocidad de las balas. En cuanto a su forma, existe hoy toda una serie de modelos de estilo agresivo, si pensamos por ejemplo en el morro de tiburón de los BMW o en el «rostro» agresivo de los coches deportivos.

Seguramente sería mucho mejor para todos cuantos participan en el tráfico viario si los deportistas no oficiales de nuestras carreteras fueran varias veces a la semana a la jaula de cemento donde practicar squash o a aullar a un estadio de fútbol. Si se maltratara más a la pequeña pelota y menos al pedal del acelerador, todo iría mejor. Las modalidades deportivas agresivas son un desfogue no sólo para quienes las practican. Cuanto más conscientes seamos de ello y cuanto más conscientemente lo realicemos, tanto mejor para todos.

## ***Imágenes de los héroes de Marte***

Además de las imágenes de las distintas profesiones, que pueden dibujarse de manera clara, existe toda una serie de ídolos y estrellas, cada uno de los cuales representa a Marte de un modo especial. El ideal del **caballero**, que como antes en las leyendas sigue estimulando hoy nuestra fantasía, es un ejemplo de la forma resuelta del principio de Marte. Como variantes modernas de los caballeros ya se ha citado a los **deportistas**, que sus torneos y enfrentamientos los realizan con la misma seriedad, casi religiosa, y con una sinceridad similar, si bien hoy también se ha perdido en parte esa caballerosidad y sentimiento del juego limpio.

El **aventurero** y el **descubridor** tienen hoy día, puesto que en el mundo externo ya se han descubierto tantas cosas, unas posibilidades comparativamente menores de vivir sus energías de Marte. Una variante del aventurero, que es típicamente americana, pero que también cuenta entre nosotros con muchos



seguidores, es el **cowboy**, un mito del Lejano Oeste de Hollywood. Representa al héroe bueno, que con su fuerza marciana-masculina lucha por la justicia y que en caso de necesidad muere por ella. El gran valor que se da al trato habitual con el revólver es una cuestión con doble sentido de Marte, porque se trata tanto de la rapidez como también del disparar en su ámbito más primigenio. Quien primero apunta sobrevive, y con ello es también el primero en acercarse al principio de Marte.

Las luchas en el Lejano Oeste contra los verdaderos dueños del país, los indios americanos, fueron en última instancia guerras de conquista. Toda la nación norteamericana luchó con la fuerza de Marte, sin embargo, sin bases legales ni justicia y hasta la fecha, no sólo mantiene una intensa relación mítica con el cowboy, sino una relación relativamente sincera con las armas y su utilización bélica. En la constitución, todo ciudadano estadounidense tiene derecho a llevar un arma y casi todas las generaciones de americanos jóvenes han tenido ocasión de conocer cara a cara a Marte en una guerra.

Las sombras de estos «héroes» aparecen con toda claridad en sus nombres: el cowboy, o vaquero, significa literalmente el muchacho vaquero, o sea, que no es masculino sino infantil, y queda por lo tanto bajo la égida del principio lunar, femenino, lo que se corresponde con su misión original, la de cuidar de las vacas. La vaca es un símbolo típicamente femenino y el muchacho, como hombre todavía joven, pertenece todavía más al principio de la Luna, y con ello a la infancia. De hecho, la cultura estadounidense, desde Disneylandia hasta la *comida rápida*, o «fastfood», presenta rasgos más infantiles que masculinos. De este modo, en el país de las posibilidades ilimitadas lo relativo a Marte no es raro que se imponga a la fuerza, y en ropaje infantil de manera especialmente peligrosa. Los numerosos escolares fuertemente armados que disparan indiscriminadamente lo ilustran a su modo.

No obstante, también resultan mezclas positivas cuando el valor de Marte se encuentra con la candidez infantil y lleva al país de las posibilidades ilimitadas por el rumbo del éxito bajo el lema de «*If you can dream it, you can do it*» (si puedes soñarlo, puedes hacerlo).

Entre nosotros, el **comisario**<sup>1</sup> de las películas desempeña en cierto sentido el papel del cowboy. Sin embargo, combate principalmente con las armas del espíritu. Sólo al final deben salir a relucir los puños y las armas de fuego para conseguir la victoria de la justicia. Sin embargo, la justicia, por principio un

1. N.del T. El autor hace referencia a una serie de la televisión alemana presentada bajo este título y análoga a la homónima producida por una cadena de televisión española.

tema propio de Venus, se ve obligada a menudo en este mundo a pasar al polo opuesto, a Marte, para vencer. Además de los comisarios clásicos, que pueden confiar en su *agudo* entendimiento, hay también camorristas que dejan campo libre a sus puños y que incluso sacan su «arma» masculina para imponerse ellos y los intereses de la justicia, o lo que ellos entienden por tal.

Resumiendo todo lo visto anteriormente, a la mayoría de las **figuras de culto de la juventud moderna** las encontramos bajo el ala protectora de Marte. Únicamente las estrellas del pop aparecen con frecuencia más bajo el contrapunto, Venus, aunque haya muchos aspectos que se presentan todavía bajo Marte. Cuando Mick Jagger sujeta entre las piernas una manguera de jardín y moja a sus seguidores o cuando Michael Jackson comprueba constantemente si lleva ajustado el pantalón, están saludando a Marte. Visto así, no es raro que Marte aparezca en escena de un modo algo penoso y en forma de muchos ídolos juveniles resarcido del desdén que, por lo demás, experimenta por todas partes.

## **Agresión y masculinidad**

El hecho de que el símbolo de Marte ( $\sigma^{\text{♂}}$ ) sea indicativo al mismo tiempo para los hombres y la masculinidad mientras que el signo de Venus ( $\sigma^{\text{♀}}$ ) simbolice lo femenino, tiene un significado más profundo. Esta asignación de los símbolos puede parecer injusta y estricta a primera vista, sin embargo, hemos de señalar que no se trata de personas concretas sino de los niveles arquetípicos, o sea, del principio femenino y del masculino, o del Yin y el Yang.

Tras la aparición de mi libro *Mensaje curativo del alma femenina*, se me ha pedido a menudo que redactara una obra similar para los hombres. Sin embargo, en los libros sobre hombres resulta problemático el hecho de que apenas se leen y desde luego no lo hacen aquellos a quienes van destinados: los hombres. Lo que sucede es que, por regla general, los hombres no confiesan (pueden confesar) sus debilidades y problemas, sin embargo, con el tema de la agresión no hay camino en ninguno de los capítulos para pasar por alto la relación entre agresión y el mundo masculino.

Debido tanto al simbolismo como también a los resultados de los estudios científicos, no es ninguna casualidad que el sexo masculino se relacione de modo mucho más intenso con el tema de la agresión en su aspecto negativo, el de la violencia. La cuestión es en qué medida es esto natural o viene condicionado culturalmente. ¿Puede ser que la violencia sea masculina?

Las investigaciones científicas de los últimos años han dado como resultado que existe una correlación entre el nivel de serotonina y la agresión. Cuanto menor es el nivel de esta hormona mensajera, y este parece ser el caso en los hombres, tanto mayor es la tendencia hacia la agresividad, sin embargo, un nivel bajo de serotonina no está correlacionado sólo con un aumento de la agresividad, sino también con un nivel social inferior. Con el nivel de serotonina aumenta también el *status* y a la inversa. Sacar conclusiones de estos resultados es siempre peligroso. Así, por ejemplo, un estudio muy antiguo estableció una relación entre el aumento del consumo de gasolina y el carcinoma bronquial. Puso así a la gasolina bajo la sospecha de desencadenar cáncer de pulmón, hasta que se descubrió que había la misma correlación intensa entre el tabaco y ese carcinoma, y se le dio preferencia. Sin embargo, de lo que hoy ya no hay duda es que hormonas como la testosterona están relacionadas con el desarrollo hacia lo masculino y el estrógeno hacia lo femenino.

Por el contrario, observaciones etológicas permiten concluir que la agresividad es más bien un fenómeno social. Relatos sobre el Tahití del siglo XVIII muestran que en aquella época hombres y mujeres apenas se diferenciaban allí con respecto a la agresividad. Esto pudo constatarse todavía en los años sesenta del siglo XX. Las mujeres tenían tradicionalmente en Tahití el mismo *status* que los hombres y, en consecuencia, no se comportaban de manera más suave y cuidadosa que éstos y tampoco menos agresivas. Las diferencias que tanto nos gustan de que las mujeres están más indicadas para cuidar, hacerse cargo y preocuparse, atender, educar, ayudar y limpiar, mientras que los hombres preferentemente guían, luchan, controlan, gestionan, investigan y planifican, no desempeñan allí ningún papel. A partir de estos y otros resultados similares, el antropólogo estadounidense David Gilmore llegó a la conclusión de que los hombres no eran más agresivos que las mujeres, sino que simplemente se les condujo a ello en el curso de su socialización. Tiende, pues, a la tesis de que todo lo aprendemos, y por lo tanto también la agresión destructiva.

Incluso echando una mirada hacia atrás a los viejos mitos y el conocimiento intemporal de las tradiciones, no se encuentran conclusiones definitivas, puesto que también los mundos de las almas míticas van impregnados de la concepción imperante en su tiempo y se modifican en función del gusto que reina con cada corriente del espíritu de la época. Un ejemplo clásico lo encontramos en la mitología de los germanos. A sus dioses los conocemos hasta la fecha como una banda de camorristas que están constantemente peleándose, cuyas maneras agresivas condujeron directamente a su ocaso. Esta imagen distorsionada se la debemos en última instancia a Richard Wagner, que la inmortalizó

# Índice

<b>Introducción</b> .....	9
---------------------------	---

## Parte 1

### *Cómo entender el principio de la agresión*

<b>Los puntos de vista científico y social</b> .....	15
¿Es el ser humano un depredador? .....	16
Los instintos y el llamado mal .....	18
El ser humano como milagro del aprendizaje y función de su entorno .....	19
El factor de la educación .....	20
Palizas, maltratos y sus consecuencias .....	21
La institucionalización de la violencia .....	26
<b>¿Cómo llegó la agresión al mundo?</b> .....	33
El mito del primer fuego .....	33
El niño quemado .....	35
El poder del cielo y el fuego del infierno .....	36
<b>Los principios: elementos básicos de un orden superior</b> .....	39
Marte: el principio arquetípicamente masculino de la agresión .....	43
El reniego de Marte .....	47
La postura pacifista .....	49

# Un libro fundamental en la medicina holística, que aborda uno de los temas más polémicos y delicados de nuestro tiempo.

Ruediger Dahlke abre con esta obra un nuevo camino para afrontar un principio vital tan importante y reprimido como es el de la agresión. Una fuerza que debería ocupar un lugar apropiado dentro de cada individuo.

El prestigioso terapeuta, reconocido internacionalmente por su contribución con obras indispensables para la correcta interpretación simbólica de las enfermedades, autor del best-séller mundial *El mensaje curativo del alma* y coautor de *La enfermedad como camino*, aborda en este nuevo libro el palpitante tema de la agresión. Demuestra cómo nuestra errónea relación con este principio de la vida se refleja tanto en la sociedad, como en el interior de nuestro propio cuerpo, con numerosos cuadros clínicos que pueden llegar a afectarnos.

En el cuerpo de todos los seres humanos, el sistema inmunitario está en permanente batalla contra un ejército de innumerables agentes patógenos. A partir de ellos, las enfermedades autoagresivas proporcionan a la persona afectada la oportunidad tanto de avanzar en su desarrollo personal como de hacer algo por su propia salud. Junto a la cara destructiva de la agresión, se encuentra también la del ánimo o energía vital. Este libro constituye una valiosa y útil herramienta que facilitará al lector el acceso a diferentes modos de estimulación personal.

- \* Entender los instintos malvados.
- \* La interpretación simbólica de las enfermedades.
- \* Las enfermedades autoagresivas.
- \* Prevención y detección precoz de los procesos patológicos.
- \* La vida, una lucha diaria.

*«Este libro representa un auténtico viaje iniciático hacia el interior del ser humano, en busca de los resortes curativos que cada individuo alberga en su interior. ¡Un deslumbrante hallazgo para quienes desean hacer de la enfermedad un camino hacia el autoconocimiento.»*

NATUR UND HEILEN

**Descubra el simbolismo y significado oculto de determinados cuadros clínicos que son fruto de la autoagresión: alergia, reuma, dolor, infección, hiperactividad...**

